ISBN 978-987-1662-27-2

Editorial UNSTA
9 de Julio 191 - Tel. Fax: 54 381 4101 154
E-mail: editorial@unsta.edu.ar
T4000IHC - San Miguel de Tucumán
Argentina

María, Huerto Cerrado - Retiro - *Fray Mario José Petit de Murat O.P.*

MARÍA, HUERTO CERRADO

- RETIRO -

Fray MARIO JOSE PETIT de MURAT, O.P.

MARÍA,

HUERTO CERRADO

- RETIRO -

Predicado por

Fr. Mario José Petit de Murat, O. P.

Pascual Viejobueno
Editor Literario

Viejobueno, Pascual
María, Huerto Cerrado. - 1a ed. - Tucumán : Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino. UNSTA, 2011.
80 p. ; 21x15 cm.
ISBN 978-987-1662-27-2
1. Mariología. I. Título.

CDD 232.91

MARÍA, HUERTO CERRADO
Ilustración de tapa: obra de Fr. Mario José Petit de Murat, O. P.
Edición al cuidado de Pascual Viejobueno

Primera Edición: noviembre de 2011
Ediciones UNSTA

Diseño de tapa: Gabriela Lombardo de Zuccarelli
Edición: Flavia Allende de Páez de la Torre

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
ISBN: 978-987-1662-27-2

Impreso en Artes Gráficas Crivelli, Salta
República Argentina

Presentación

El 8 de diciembre de 1854, el Papa Pío IX promulgó un documento, llamado *Ineffabilis Deus*, en el que definió *ex catedra* que el alma de la Santísima Virgen María, en el momento en que fue creada e infundida, estaba adornada con la gracia santificante. Desde entonces, la Inmaculada Concepción de María es dogma, o artículo de fe.

En 1954, con motivo del primer centenario de dicha proclamación, otro Pontífice, Pío XII, por medio de la Carta Encíclica *Fulgens Corona*, decretó la celebración del Año Mariano.

A propósito de dicho Año Mariano, en julio de 1954, el Padre Petit de Murat predicó un retiro dedicado a conocer y exaltar la figura de la Sma. Virgen María, dirigido a mujeres integrantes de la Venerable Orden Tercera de santo Domingo, en Tucumán.

Fr. Mario José Petit de Murat fue un religioso dominico formado en Buenos Aires, Francia y España, y ejerció su ministerio sacerdotal en Tucumán entre 1946 y 1972, con gran celo apostólico y dedicación a los fieles.

Notable predicador, en su apostolado se prodigó en clases de espiritualidad, retiros y meditaciones.

Este retiro, que se edita por vez primera, fue dado en tres días, por lo que conviene espaciar la lectura de modo tal de ir meditando despaciosamente estas palabras, semilla que, sembrada hace poco más de medio siglo, ofrecemos con la certeza de su actualidad y con la esperanza de que fructifique en nuevas almas.

En esta edición se ha respetado celosamente el estilo oral propio de la predicación.

Todas las notas al pie de página son del editor.

Pascual Viejobueno

Primer día

I

Muy amadas hermanas: dedicaremos este retiro a la Sma. Virgen, por ser el año que es;[1] por tratarse de nuestro Padre santo Domingo, que ha sido un hijo tan próximo a la Virgen; y por ser de una necesidad eminente el conocerla.

Esta primera plática vamos a emplearla en hablar de propósitos y de organización del retiro. Empezaremos por esto último. Os pido mucho que hagáis un esfuerzo por colocar en vuestra vida, con toda delicadeza y suavidad, sin violencias, poner silencio, el mayor que puedan, en estos días; lo cual tiene que ser como una especie de aprendizaje para toda la vida. Ya vamos a hablar, cuando hablemos de la Virgen, de lo que es el silencio. Y lo segundo, que tratéis de ver al otro, que rompamos con el signo de la maldición y la muerte, que es el vernos nosotros. Si al final de cuentas somos eternos; ninguna cosa del tiempo, nada, ni nadie, nos puede quitar nada. Lo que nos podrían quitar lo vamos a tener que dejar tarde o temprano. ¿Qué

[1] Año Mariano, como explicamos en la presentación.

nos pueden quitar? Lo más que nos pueden quitar es el cuerpo, y bien lo dijo el Señor: *"No temáis a los que pueden matar vuestro cuerpo; temed antes al que pueda arrojar vuestro cuerpo y vuestra alma en el infierno"*. Lo más íntimo a nosotros es el cuerpo. Nos podrán arrebatar el cuerpo, ni siquiera eso nos puede preocupar; cuánto más que nos quiten un bien externo. ¿Qué otra cosa nos pueden quitar? ¿La honra? Sí, ¡ya la van a quitar! Se la quitan ellos. Una persona que está atentando contra su hermano está atentando contra sí misma.

Por nada de este mundo tenemos que perder la paz. Yo os pido que no os cuidéis de nada ni de nadie y que veáis al otro. Os lo doy como programa de retiro, pero como aprendizaje para toda la vida. Que la madre se ponga en el lugar del hijo y el hijo en el lugar de la madre; que el maestro se ponga en el lugar del discípulo y el discípulo en el lugar del maestro. Que siempre piensen: si yo fuera joven o niño, ¿cómo me gustaría que me trataran? Bien lo dijo el Señor: *"Haced a vuestro prójimo lo que os gustaría que os hicieran a vosotros, y no hagáis a vuestro prójimo lo que no os gustaría que os hicieran a vosotros"*.

Os pido mucho eso: hacer el dulce silencio que es el aposentamiento del alma en Dios. Mirar las cosas desde la eternidad, que es nuestra. Os lo pido de todo corazón, para que este retiro no sea sólo pláticas aisladas. Ese silencio no lo tienen que notar los demás, es cuando somos más elocuentes. Cuando sabemos estar en paz en medio del ruido, ésa es la criatura elocuente por excelencia. Mientras los demás han perdido pie

porque están llevados y traídos, vibrando según las impresiones que reciben, esa otra criatura es un eje, y todos los que la rodean sienten gratitud hacia ella. Porque es como un oasis, que es sosiego para los demás.

Os suplico mucho eso: que tengamos respeto de la palabra. Ya os he hablado una vez de aquel muchacho que hizo el noviciado conmigo en Salamanca, y nunca hablaba, que murió de una tuberculosis galopante y que, después, todos los estudiantes se acordaban de lo que él había dicho. Porque cuando abría la boca era para decir algo sensato, algo justo, algo profundo; y eso es lo que queda. Tenemos que libertar al mundo. Volver a la dignidad del ser humano. Esta inquietud de hoy nos va asemejando a los animales. Y somos nosotros los que la tenemos que curar.

Ahora, ¿cuáles son los propósitos que nos mueven a predicarlo? Una cosa que os va a sorprender. Nosotros estamos muy tranquilos porque parece que nos hemos acercado mucho a la Virgen, pero nunca jamás ha estado la cristiandad más lejos de Ella que hoy. Se le implora como a Madre que nos va a ayudar, se la reconoce como a Señora poderosa; pero no se conoce en realidad su misión. No se sabe la actualidad aguda de la Virgen. No estamos **en** la Virgen. Un san Pablo no la nombra jamás, pero san Pablo la vive. Toda su doctrina es María, todo su vivir es María. Otro tanto un san Pedro; y no digamos un san Juan Evangelista. Lo mismo, todos los santos de los primeros tiempos. No la nombran a la Virgen, pero sí la viven. ¿Por qué?

Porque pasa así: cuando nosotros poseemos una cosa por connaturalidad no parece que la poseyéramos, y sólo la apreciamos cuando la perdemos. Vosotros veis muy bien cómo el Señor la está poniendo como delante de los ojos a la Virgen, y es para que entremos de una buena vez en el camino, pero no para que la imploremos pidiéndole bienes temporales. No nos quedemos en saber que es Mediadora de todas las gracias, y que todo lo que se le pide lo va a conseguir de su Hijo. No. Tenemos que ser hijos. Perdonadme la metáfora: tenemos que beber su leche. Porque la desgracia es que estamos bebiendo leche de malas nodrizas. Tenemos nuestra ansiedad pegada a muchas cosas que no son María. Estamos eligiendo muchas madres advenedizas, que son este mundo que nos rodea y que nos propone muchas cosas que son la muerte. Estamos bebiendo leche de tinieblas, muchas veces.

Por eso es que con toda el alma quiero predicaros a María para que la veáis accesible. No puede haber angustia mayor que la criatura que es grande, y porque es grande los demás se le repliegan, se alejan. María nunca quiso ser grande en ese sentido. Su grandeza es aproximarse al máximo a las cosas pequeñas. Es la idea que brota de la soberbia, el creer que la grandeza depende de su altura inaccesible. Eso dejémoslo para el orgullo. Una criatura, cuanto más grande es, más está en la causa de todas las cosas, y más está, por lo tanto, en todas las cosas. Cuanto más grande es, más aptitud tiene para entenderlas. No es grande porque se aísle de la miseria; es grande porque comprende

nuestras miserias. ¿Quién nos visitó como un Dios? ¿Cuál criatura humana que está a nuestro nivel nos ha visitado como nos visitó Jesús? ¿Quién nos ha visitado allí, en nuestras llagas, en lo que somos nosotros? Es algo que... es la peor injuria que le podemos hacer a la Virgen, colocarla en tronos inaccesibles. Ella está para comunicar vida. Ella está para formar, y es su ansiedad formar en nosotros la nueva criatura. Nos tenemos que envolver con Ella, no aislarnos de Ella. Tenemos que vivirla. Porque Ella es la creación nueva. Es la tierra de donde brotan las nuevas criaturas. No la tenemos que mirar desde afuera a la Virgen. La debemos mirar como la realidad donde nosotros tenemos que movernos y donde nosotros tenemos que ser.

Pues bien, amadas hermanas, el Evangelio de hoy es sumamente elocuente: *"Vino Jesús a una casa y Marta lo recibió y lo sirvió y le dijo: "Señor, no cuidas de verme en tantos afanes y que mi hermana no me ayuda"*. Y le dijo el Señor: *"Marta, Marta, en mucha inquietud te veo metida; de cierto te digo que María eligió la mejor parte, que jamás le será arrebatada"*. Ahora, decidme, sed sinceras, ¿dónde está esa María, dónde está aquella criatura que ve a Dios como a realidad y sabe que es Él una visitación insólita? Porque Dios es una visitación insólita: *"Pobres siempre tendréis, mas a Mí no siempre me tendréis"*. El nombre de Jesús es oportunidad. Mirad que Jesús no es de la tierra. Jesús ha rozado la tierra por amor a nosotros, no para localizarse en nuestras inquietudes de Marta. Ved cómo esta ansiedad de este sacerdote es verídica. ¿Dónde está esa María del alabastro y del nardo? ¿Dónde está

la criatura que suspende todas las cosas y se pone nada más que a aprovechar al Maestro? ¿Quién es esta Marta abultada que ha metido su inquietud no ya sólo en el hogar sino también en la Iglesia? La Iglesia de hoy es pura agitación, una multiplicación de agitaciones. Esta Marta que ya da la impresión de que se ha ido engrosando tanto que ya es esa comadre del mercado que lo ha invadido todo.

A ver, ¿dónde está el rostro de la Iglesia, que es la María, la porción arrepentida de la humanidad? La Iglesia tiene que ser eso: aquella porción arrepentida que suspende su aliento para beber el aliento de Dios, y que toma todo lo suyo, todo aquello de lo cual tiene propiedad, para quebrarlo a los pies del Señor. ¿Dónde está ese esplendor de ayer? Acordaos de aquel canto celestial de los siglos V, VIII, IX, donde los coros parecían realmente coros de ángeles viriles que enseñaban a los pobres pueblos a orar como es debido; y que la voz de la asamblea cristiana se levantaba como una sola voz. Todo eso está hoy reemplazado por una Misa abreviada, por un mendrugo que se le da al Señor. Una Misa, en la que el pueblo cristiano está reemplazado por un monaguillo, muchas veces asalariado. Una Misa en la que cada uno está haciendo su pequeña devoción a san José, al sagrado Corazón, al ángel de la Guarda. Y si hay Misa solemne, ¡Dios nos libre! Y si hay funeral, ¡Dios nos libre! A lo mejor es el último cantante del mundo, el que no ha sido recibido ni en los peores teatros, el que viene a profanar el órgano, el templo del Señor, con su voz cascada. Todo es porque todos tienen que

agitarse por todos; todos tienen mucho que hacer. Y jamás el mundo fue más estéril que hoy. Decidme qué es lo que queda en pie, después de tantos afanes. Que se hace una obra para que otro que viene atrás la corrija; y siempre se está con improvisaciones. Marta no puede existir sin María y esta Marta está dejando a la criatura humana sin Redentor.

Mientras sigan las cosas así, créanme que los hijos no tienen padres y que los padres no tienen hijos; que los novios no tienen novias y viceversa. Porque hay cosas, hay impresiones. No hay una presencia de una realidad estable. Todos yacemos como huérfanos; el demonio nos ha despojado como ha querido porque estamos agitados como los mercaderes que están allí, en la plaza. ¿La conocemos a María? ¿La vivimos? Pero este mundo nos lleva y nos trae. ¿Es que nosotros no estamos para hacer al mundo? Y dentro de la totalidad del ser humano, ¿cuál es la porción significativa de la humanidad sino la Iglesia católica y nada más que ella?

¿Es que yo acaso estoy predicando que se dejen las cosas del mundo y que se vayan al desierto? No, ni mucho menos, todo lo contrario. Si esto es la tumba. Este baile que pasa, este cine que fue, un momento que pasó. Sí, ¡ojalá hubiera pasado! ¡Cómo deja escritas tinieblas en el fondo del alma! Esa revista, ese otro cine. "Sí, todo pasa". Y por algo la criatura está así, deformada, como nunca.

Todo nos va configurando, nada pasa. Todo se queda grabado en las regiones del subconsciente. No sabemos nada

de nosotros. En las zonas de nuestra conciencia emerge una mínima parte de toda la agitación nuestra. Esas charlas interminables. Todo eso es Marta.

María es exhuberancia, no es prohibición. María no es límite, María es expansión. María no es ausencia de la vida, es presencia de la criatura humana normal, como vaso de Dios visitado por Dios. Y somos nosotros los llamados a remediar al mundo. Si nosotros no damos punto de quietud, ¿qué será del mundo?

"Habe, Señor, piedad de él tu pueblo, ¿qué farán los pecadores?"[2]

Somos despiadados si las gentes caen, como decía la bienaventurada Ana María Taigi: "Si los hombres caen en el infierno como cae la nieve sobre la tierra es porque nosotros somos unos despiadados, porque hemos enterrado el denario, hemos enterrado la salvación del mundo".[3]

No hay sacerdotes y fieles. La cristiandad entera es un inmenso sacerdote; la cristiandad entera es una inmensa María que tiene que estar haciendo resplandecer, como una evidencia, a Dios. Si los hombres son ateos, no lo encuentran a Dios, es por culpa nuestra. San Andrés les decía a sus fieles: "Vosotros tenéis la culpa de los pecados de los paganos, porque si vosotros fueseis lo que debéis ser, esas criaturas no estarían enredándose en las tinieblas del error". No hace falta hablar, hace falta

[2] Exclamación de santo Domingo de Guzmán.

[3] Ana María Taigi (1769 – 1837). Nacida en Siena. Visionaria, se santificó en el matrimonio. Benedicto XV la beatificó y la declaró patrona de las madres de familia. Su cuerpo permanece incorrupto.

callar. Nosotros nunca prediquemos, hace falta hacer predicar a la Iglesia. Mirad los benedictinos, qué ejemplo nos dan. Han obtenido conversiones como nosotros no las hemos obtenido con tanto hablar.

Lo que es la Iglesia auténtica, que no tiene que pedirle al mundo nada. Que tiene el libro de los libros, que tiene el anillo del desposorio, que tiene el báculo rectriz. ¿Qué le tiene que pedir al mundo? Nada. Y nosotros convertimos eso en menudencia, en una costumbre agregada a muchas otras costumbres. Entonces, no os impongo nada, ya sabéis que no os impongo nada, ya sabéis que os pido nada más que, en nombre de Dios, que os rindáis a vuestra propia felicidad. La buscamos y no sabemos que la felicidad está en la paradoja de que cuando nosotros sabemos despojarnos y morir, es para vivir. Y que cuando estamos prendidos a nuestra existencia exigua es para morir todos los días. Descubramos la profundidad de Cristo, de María, del Bautismo, de la Iglesia. Por lo tanto Cristo no está allá; y María no está allá, inaccesibles, sino que están íntimamente injertados en nosotros mediante el Bautismo, para que formemos una Iglesia auténtica. A nosotros nos toca vivir la profundidad de la Iglesia. Vosotras no sois terciarias para ser una asociación más; sois terciarias para vivir, para participar de la vida religiosa, pero se os dan servidas las cosas. Para que el silencio lo podáis vivir vosotras de manera fácil porque ya se os da servido. No hace falta que vayáis al desierto, sino que participéis de la irradiación de ese desierto. Que participéis de los frutos. Que la

doctrina que ha sido confiada a la Orden Dominicana se llene de luz; para que sepáis apreciar lo que tenéis, como cuando se ve a una criatura en la luz del atardecer. Que no haya esas zonas confusas, que no haya esas angustias de los psicoanalistas. Para que sepáis que tenéis que ocupar con pie bien firme esa roca y que en esa roca todo se define y todo se posee. No es para privaros de nada sino para daros la exhuberancia de Dios y al daros la exhuberancia da a Dios.

He anhelado este retiro para que sepáis descubrir que no sois una cofradía, que sois un desbordamiento de la vida religiosa. Os toca vivir el fruto de la vida religiosa. A nosotros nos ha tocado dejar todas las cosas para que vosotros participéis de los frutos de eso. Vosotras, ante todo, sois un espíritu. Créanme, y os hago una confidencia, que siento una indignación enorme cuando se me habla de que la Tercera Orden es un cumplimiento del tercer domingo. La Tercera Orden es una familia; la Tercera Orden es toda una intención bien definida que une a los miembros, que los hace una sola cosa, que hace que vivan la caridad de Cristo entre ellos, prácticamente, porque el amor es eminentemente práctico. Es así un esplendor del culto, pero no es un tercer domingo. Es una Misa que tendría que ser cantada por todos los terciarios; es una Salve que tendría que ser cantada por todas ustedes. Son unas Completas que tendrían que ser cantadas. Ésa es la Tercera Orden en el orden litúrgico. En el otro orden, no es una obra de caridad sino que haya un

esplendor en la terciaria, un punto de paz para todos los que la rodean. Ésa es la Tercera Orden y ésa es María.

Así que entonces, amadas hermanas, vamos a tratar de entrar en el "Huerto Cerrado", en la "Fuente Sellada". Precisamente podemos entrar porque está cerrado, porque allí se entra por las vías del espíritu; que si estuviera abierto no habría para qué entrar. No hay cosa que sea más nuestra que Dios y sin embargo nadie ha podido tocar a Dios. Se poseen las cosas que no se tocan. Las que se tocan se convierten en muerte. Cuando uno toca una cosa comprueba su limitación. Yo palpo precisamente lo que esa cosa tiene de perecedero, lo que va a morir en ella. En cambio, la Virgen, ya veis cómo llena todos los siglos enteros; porque nadie jamás la tocó. Porque es tan íntima y tan íntegra para nosotros, la Virgen se puede permitir el lujo de ser toda para cada uno de nosotros. Porque el tocar pone límites en la posesión. Es que entonces vamos a tratar, ya veis, de poseer un poco, y Dios quiera que mucho, a Ésta que es el "Huerto Cerrado", para que podamos aspirar los perfumes de Dios.

II

Amadas hermanas, entremos de lleno en la realidad en la cual nosotros intentamos penetrar: la Virgen Santísima. ¿Será difícil hablar de Ella o no? Ante todo, es la mujer católica por

excelencia. No hay en Ella, como en muchos santos, el predominio de una virtud como módulo característico de ese caso de santidad. Pongamos, por ejemplo, lo que se destacaba en nuestro Padre santo Domingo, era la castidad. Así como un músico toma el "do" para componer toda una sinfonía y todo lo compone alrededor de ese "do", y un pintor puede tomar la gama en amarillo, o en verde, o en rojo, para hacer todo un cuadro, y ser el color rectriz el amarillo, o el verde o el rojo; así también vemos que Dios, en estas obras maestras que son los santos, toma precisamente la manera de caracterizarlos por el predominio de una virtud, armonizando las otras alrededor de ella. ¿Podríamos hablar así de la Virgen? No. Porque la Sma. Virgen es una plenitud. Entonces, ¿cómo podríamos nosotros hablar con alguna precisión?

Vayamos a un principio seguro para resolver este problema. El caso de Dios. En Dios están todas las perfecciones, necesariamente, en grado de plenitud. No puede haber una perfección en apogeo y luego las otras subordinadas a ésta. No se puede decir que haya un predominio de bondad sobre justicia o misericordia. Y sin embargo los teólogos se preguntaban: "pero, ¿cuál es aquella cosa por la cual Dios es Dios, o Dios es más Dios? Y muchos dijeron que la inteligencia. Que Dios es Dios porque es plenitud de inteligencia, porque es donde el ser encuentra al ser. Mas después se llegó a asegurar esto: que Dios es Dios por su **aseidad**, que quiere decir ser por sí mismo. Dios es Dios porque es por Sí mismo. Porque no tiene nada que deba

a otro. Porque nadie le dio nada a Dios. Porque Él tiene la plenitud del ser y la existencia. No hay en Él cesación alguna, no hay en Él nada que amengüe o que mude. Dios es la perfección simplicísima, la plenitud simplicísima y estable siempre en Sí, eso es Dios. Ya veis como tiene todas las perfecciones en grado igual y sin embargo hemos podido atrapar algo por lo cual Dios es Dios. Porque no podríamos decir que Dios es Dios por su misericordia, por su justicia, por su amor; porque eso lo podría tener otro ser.

Bien, ahora vayamos a la Virgen. La Virgen es una plenitud de virtudes y de dones. No hay ninguna virtud que esté en Ella con una mengua que pueda dar predominio a otra, no. Entonces, ¿cuál es aquel constitutivo por el cual la Virgen María es la Virgen María? No es por su misericordia, ni por su justicia, ni por su bondad, porque no es eso lo que la caracteriza. ¿Por qué la Virgen es la Virgen? Precisamente, por lo otro. Lo que Dios no puede ser jamás. Por el **ser por otro**. Porque tiene el ser por otro y lo ha actualizado al máximo. Dios es Dios porque tiene el ser por Sí mismo, y la Virgen es la Virgen porque ha actualizado al máximo la condición de ser por Otro. Su condición de criatura, Ella la vive todo el día y todos los días, Ella tiene actualizado su estar dependiendo. Ella es la verdad. Ella es la única criatura veraz, porque Ella jamás es por sí misma. Porque sabía que en aquel instante en que algo tuviera origen en Ella, Ella estaría robándole a Dios su atributo de Dios. Ella siempre es por Otro. Tiene actualizada plenamente su condición de criatura. Por eso es la criatura verdadera por excelencia.

Miren qué hermoso es pensar así las cosas, no de manera sentimental. ¿Por qué se ha convertido Ella en nuestro modelo? Porque nuestra verdad Ella la está viviendo en su apogeo, en su plenitud. Y estamos viendo precisamente todos los frutos que de allí se sacan. Nosotros erramos en aquel momento en que las cosas tienen origen en nosotros. En aquel momento en que no miramos aquella Luz que no varía. Porque es allí donde tenemos el origen, y de allí es de donde todo lo recibimos. Por eso es que Dios la ha puesto como modelo supremo de criatura. Porque eso no se puede decir de Cristo. Porque ya en Cristo está la otra parte: la divina. Porque si bien su parte humana está dependiendo de la divinidad, pero, ¿y su parte divina? Miren qué hermoso es pensar así, pensar a fondo las cosas. Dios es Dios porque es por Sí mismo, y nosotros somos criaturas porque somos por Otro. Nosotros, en todo aquello que queremos ser por nosotros mismos estamos robándole a Dios su atributo de Dios.

Ahora, ¿cómo se llama aquella virtud por la cual la criatura vive su condición esencial de criatura? La humildad. Si nosotros queremos escudriñar en una cosa tan cerrada como es la Virgen, -porque miren que Ella habló muy poco, nada más que el *Magnificat* y en la Anunciación- nos va a llamar la atención esa humildad. El *Magnificat* es el canto de la Sabiduría empapando a la criatura. ¿Por qué? Porque la criatura es plenamente humilde. Ahora bien, les quiero destacar este concepto real de humildad. Se dice que humildad es reconocer nuestras propias miserias. Entonces, los ángeles no podrían ser humildes porque ellos no

tienen miserias. Santo Tomás dice que la humildad consiste en el reconocimiento práctico de nuestra condición de criaturas. En el reconocimiento **práctico**, no **mental**. Es cuando esta condición se convierte en virtud. No que yo **tenga la idea** de que soy criatura, sino que **viva** esto. ¿Y qué quiere decir esto? Que vivamos nuestro depender. Que quitemos lo del orgullo de querer comenzar en nosotros. Porque el día que yo comienzo en mí, ese día estoy cometiendo un desorden tremendo: estoy ocupando el lugar de Dios. Estoy cayendo en lo de Satanás. "Yo soy yo". Pero, ¿dónde empieza el yo? Yo soy mudable; hoy soy iracundo, mañana manso; hoy estoy triste, mañana contento. ¿Quién me define ese yo? ¿Quién se atreve a decir "yo soy así"? El que se atreve a esto está muerto, no conoce su condición, no conoce su inmensa riqueza. Tenía razón el Padre Brown, uno de los personajes de Chesterton, al cual cuando le decían: "pero, Padre, ¿cómo descubre usted todos los crímenes?", él contestaba: "porque yo me pongo en el lugar del criminal. Yo sería capaz de cometer este crimen. Si a mí me están presionando tales factores, si yo estuviera en tal situación, yo sería capaz de cometer un crimen".

Estamos abiertos a todas las posibilidades de bien y de mal. Y ¿por qué estamos abiertos a todas las posibilidades? Porque somos un puro depender. Porque en el momento en que no dependo de Dios, estoy dependiendo de algo. Yo nunca comienzo en mí. Ésa es la verdad que supo la Virgen: que nosotros, queramos o no queramos, somos criaturas teológicas. Que yo digo, yo hago

esto, porque se me da la gana... ¿comienza en mí, esto? Si lo único que comienza en mí es la responsabilidad de lo que yo regulo en mí. ¡Qué se yo en qué sugerencia comenzó aquello! La criatura humana siempre está sirviendo. Es un centro, es un núcleo, está trabado maravillosamente a todas las potestades habidas y por haber. La criatura humana siempre está sirviendo. Nunca vive esa libertad que se identifica con independencia. Hay libertad, pero hay depender. Siempre estoy dependiendo, nunca comienzo en mí. Si yo no quiero reconocer que comienzo en Dios, peor para mí, porque estaré comenzando en boca de tinieblas que no sé dónde comienzan y adónde van a parar. Siempre comienzo en Otro. Ustedes miren el panorama de los que creen que están haciendo las cosas ellos. Miren esa Europa de hoy, ¿dónde comienza? Mediocres que se destacan porque están allí; miren si no son títeres: Churchill, Roosevelt, Stalin, miren, ¿dónde comienzan? No han querido comenzar en Dios, y Satanás está jugando con ellos. Hay un orden en el universo. ¿Es que alguna vez el universo comienza en mí? ¿Cómo no voy a reconocer que sobre mí hay toda una escala de potestades y que si no estoy eslabonado a la potestad divina, voy a estar eslabonado a la potestad rebelde?

Ahora, ¿no hay libertad en el hombre? Claro que la hay, para regular su depender. Mi libertad no consiste en otra cosa que en eso: regular mi depender. Esto me está recordando a mí a unos protestantes en Ramos Mejía.[4] Me recuerda el Salmo

[4] El Padre Petit de Murat, antes de entrar en religión, vivió un tiempo en Ramos Mejía, Buenos Aires,

58: *"Los inicuos están merodeando como perros alrededor de las ciudades..."* porque estos desdichados protestantes se habían enfrentado nada menos que con la cuestión de la obediencia, ellos. Y... "tienen que obedecer, hermanos, tienen que obedecer, porque la obediencia es agradable a Dios". "¿A quiénes hay que obedecer?" "Y, hay que obedecer al maestro, al papá, al vecino...". Al vecino, ¡pobres de nosotros si empezamos a obedecer al vecino!

¡No quieren obedecer a Dios, pero hay que obedecer al vecino! Ya saben ustedes que el grave error de Adam fue confundir libertad con independencia. Tengan mucha doctrina en la cabeza porque el demonio aprovecha mucho las tibiezas de los cristianos. Creo que todas sabrán que el pecado de Adam no fue un pecado de la carne; que no podía haber problema carnal para Adam; primero, porque eran esposos, y segundo, porque todo estaba muy bien regulado en ese momento y no se habían levantado las concupiscencias. El pecado de Adam fue confundir libertad con independencia. Él quiso ser soberano absoluto, no quiso estar subordinado a Otro. El pecado de Adam consiste en que está en la actitud diametralmente opuesta a la Virgen. Le dice la serpiente: *"Si coméis del fruto del árbol prohibido, seréis como Dios, conocedores del bien y del mal"*, y el pobrecito no sabía que iba a conocer el mal por experiencia, como lo conocemos nosotros; que estaría probando el "tú morirás" todos los días de su vida. El día que no queráis depender de la fuente de Vida, estaréis muriendo todos los días. Esa era la vuelta de Satanás.

Bien. Coloquémonos en ese ambiente bien teológico. La Virgen es felicísima porque está gustando el depender de

Dios. Está viviendo su condición de criatura, tiene conciencia de eso. Está saboreando el acto de inteligencia y amor que le ha dado origen. ¿Hemos pensado alguna vez esto? Miren cómo hay que meditar. ¿Hemos pensado alguna vez que somos un acto de inteligencia y amor divino? Cada uno de nosotros estamos existiendo porque Dios nos está amando. Cada uno de nosotros somos una palabra de Dios. En la medida en que Él me está pronunciando, yo existo. Incluso el mismo Satanás existe porque Dios lo conoce, porque Dios lo nombra. Es que Dios no lo está conociendo como Satanás sino como a ángel. Y él aprovechó de su libertad para volverse contra Dios. Los actos de Dios son constantes. Tú existes en la medida en que Dios te conoce. Tú eres en la medida en que Dios te ama. Toda tu naturaleza es una palabra admirable de Dios y esto es lo que gustaba la Sma. Virgen. Miren qué criatura tan metafísica era la Virgen. Ella estaba gustando, estaba saboreando eso que a nosotros nos cuesta concebirlo. A nosotros nos parece que somos un mundo que comienza y termina en nosotros. El existir lo da Dios por un acto de inteligencia y amor. Él nunca nos ha creado para que pequemos, sino para confiarnos una de las tantas posibles perfecciones de su Hijo. Ahora, ¿qué perfección le ha confiado a la Virgen María? La perfección de criatura plena, de lo que puede estar en las afueras de Él en una coincidencia perfecta con su mente. Es la criatura plena por eso. Todos nosotros estamos encerrados en María. Dios la pronunció como la criatura humana. No como **tal** criatura humana sino como **la** criatura humana.

Como la cosa más hermosa que puede estar en sus afueras, por creación. Al Hijo lo genera por posesión divina, a María por creación. María es la criatura máxima. Es como el modelo o la idea que Dios tiene de criatura. De ese otro ser que puede existir gracias a que está dependiendo totalmente de Él. Eso lo vive la Virgen. Ella está viviendo todo desde allí.

Que ésta sea para nosotros una enseñanza práctica. Hagamos esfuerzos por descubrir eso. Hace falta mucho emplear la inteligencia y desarrollarla. No vivir de los sentidos, sino de la inteligencia. Es necesario que nosotros nos digamos esto: si yo estoy en la tierra, yo no me he fraguado a mí mismo. ¿De quién procedo? ¿De mis padres? No. Mis padres no me pueden dar el ser. Son instrumentos; por sí mismos no me pueden dar el ser. Dios los emplea para darles una participación en la creación. Por eso los padres son un sacramento de Dios. La prueba está en que ellos no saben cómo va a ser el hijo. Así que entonces yo tengo origen en una Mente y en un Amor que puede comunicar la cosa que desea y la cosa que piensa; puede dar aquello; que el pensar es hacerlo. Yo ahora estoy como colgado de hilos, de hilos de sabiduría y de amor, y la humildad actualiza eso. ¿Ven bien el sentido profundo de la humildad? Terminemos con ese concepto sentimental de la humildad que está tan en boga. La humildad es algo muy profundo, es algo muy necesario, que puede estar en los ángeles y en los hombres. Por eso santa Teresa decía que la humildad es la verdad. Porque nos conocemos tal como somos, cuando nosotros somos humildes.

Tenemos que mirarla a la Virgen en los frutos que de allí se recogen. Pero tengamos una humildad gozosa, para que caigamos en esa paradoja, de que cuando más nosotros actualizamos el depender, más nos enriquecemos y más libertad hay en nosotros. Cuanto más reconozcamos nuestra esencial esclavitud, tanto más vamos a ser luego reyes. Porque vamos a estar pegando la boca a la fuente de donde viene la Vida. Tenemos que insistir mucho en esa idea para que salga algo práctico. Donde empieza el "yo quiero", el "yo pienso", ahí estoy cometiendo un latrocinio, y estoy rompiendo con la fuente de la Vida. Ese yo es un algo a hacerse al que yo no le puedo poner límites precisos. Es un núcleo visitado por mil potestades. Tenemos que estar muy en vela, como lo dice el Señor en el Evangelio, con lámparas encendidas y las ropas ceñidas a la cintura, porque estamos rodeados de potestades que están muy interesadas en nosotros. Porque somos el centro del universo. Por eso es que Dios y Satanás y todas las criaturas están presenciando nuestro drama con una gran expectación. Así que tenemos que ser humildes de esta manera inteligente. Actualicemos ese "yo he recibido". Estas manos que tengo yo las he recibido. ¿Es que acaso yo propuse el diseño de estas manos? Estos cabellos, ¿me consultaron a mí para dármelos? Siempre hay alguien que está palpando nuestra alma y si nosotros no abrimos las puertas a Dios, ya sabemos quién lo reemplaza. Actualicemos ese depender e iremos profundizando esta verdad. No por ser seres humanos que hemos pecado sino porque somos criaturas.

Toda cosa que está fuera de la Santísima Trinidad tiene que ser humilde, porque la humildad es eso: el reconocimiento práctico de nuestra condición de criaturas. Aprenderlo bien para vivirlo.

III

Bien, amadas hermanas. Vamos a tratar de internarnos en este camino. Llevemos un curso lógico, que eso es lo hermoso. Cuando se pone un buen principio, después es sumamente profundo y de allí fluyen luces en todo sentido. Empecemos en esta plática por nosotros. Cuando no hemos actualizado este depender de Dios, cuando no hemos ocupado nuestra mente en ir adquiriendo un ejercicio pronto, fácil, de ese depender, ¿qué es lo que sucede? ¿Cuál es la primera consecuencia deplorable? Que de inmediato se rompe nuestra dependencia y empezamos a depender de las cosas que tendrían que depender de nosotros. Porque hay todo un orden de jerarquías. Nosotros y los ángeles dependemos de Dios, pero las cosas sensibles dependen de nosotros. Cuando rompemos esta relación, ¿qué es lo que sucede? ¿Dónde está ese aparente comienzo en nosotros?, ¿en las pasiones? Y las pasiones, ¿cómo funcionan? Por la sensibilidad nuestra percibimos lo temporal, lo que pasa, y la pasión es una respuesta a eso. ¿Se dan cuenta la desdicha, se dan cuenta cómo se cumple la explicación profunda de san Agustín al pecado de Adam, de que cuando despojamos el castigo es que

nos despojan, padecemos con lo mismo que hacemos padecer a Dios? El castigo de la desobediencia es la desobediencia. Nos desobedecen las cosas inferiores a nosotros cuando nosotros desobedecemos a Dios. ¿Y se dan cuenta la esclavitud que se produce? En lugar de estar dependiendo de Dios, estamos dependiendo de toda esa marejada de cosas que llegan a nuestros sentidos. No comenzamos en nosotros. Cuando decimos "yo quiero esto o aquello", es que no nos hemos preocupado de hacer un análisis, no nos hemos preocupado de averiguar dónde comenzamos. Si yo no comienzo en mí, ¡qué esperanza! ¡Nunca comienzo en mí! ¡Tan distinta tendría que ser nuestra vida y nuestra actitud! Para esto, miremos a la Virgen. La Virgen tiene volcada su atención en ese depender real y perenne, del cual no nos podemos desatar. Cuando nosotros no actualizamos en nuestra mente y nuestra voluntad el depender de Dios, cometemos una terrible injusticia. Aunque no lo queramos, nuestro ser sigue dependiendo de Dios. Hasta el ser del ángel caído, de Satanás, está dependiendo de Dios, siempre. Es como si robara... roba ese ser que Dios le da, para aplicarlo en contra de Dios. Por eso Satanás es contradicción. Mientras por su esencia está dependiendo de Dios, la zona de su libertad está rompiendo con Dios. Está como dividido consigo mismo. En lo que de él depende está queriendo romper con Dios.

La Virgen es una plena actualización de ese depender. Cuando no vemos las cosas en Dios, las vemos en las pasiones. La Virgen no está viendo las cosas en pasiones, porque las tenía completamente sosegadas. La Virgen tenía pasiones, claro que sí, si la pasión en sí no es mala. La pasión transformada se convierte en virtud. La pasión en sí es buena, el mal es que nosotros le damos una fuerza que la pasión no tiene. En la Virgen no hay tal. La Virgen actúa de adentro hacia fuera; es la criatura operando por excelencia sobre las cosas creadas. Ella es doblemente pasiva de Dios, es una corola sedienta de Dios; está llena de poder, de fuerza, de luz; toda su atención está nada más que corriendo, así, como una corriente que va y que viene de Dios hacia ella y de ella hacia Dios. Ella actúa sobre las cosas; no son las cosas las que actúan sobre Ella. Claramente lo vemos en el momento de la Pasión. Miren, si las cosas hubieran actuado sobre Ella, hubiera sucumbido a los dos pasos. La Virgen es inmensamente feliz porque en Ella no existe el padecer las cosas. Tiene la felicidad de estar signando las cosas. Está cumpliendo la misión de la criatura racional que es dar belleza a las cosas sensibles. Ella no desprecia las cosas, las eleva. Las toca para elevarlas, para ungirlas de espíritu. La vida de la Virgen es un rito. Es una suprema liturgia. Ella siempre está en el rito de amar a Dios con todas las cosas. Ella conoce exactamente el valor que puede tener esta mesa en Dios y la significación que tiene en el orden de las cosas. Y siempre las toca con amor, ungiendo, limpiando, poniendo orden en las cosas. La vida de la Virgen es un rito. Se cumple perfectamente el deber de la criatura racional: Dios asume a la criatura racional para que la criatura racional asuma las cosas sensibles. Dios eleva a la criatura racional para

que la criatura racional eleve las cosas sensibles. Ella no depende de nada, jamás hubo el menor asomo de apego en Ella. Ni con su Hijo. *"Mujer, qué hay entre Tú y Yo, aún no ha llegado mi hora"*. Y nosotros nos imaginamos la sonrisa de la Virgen: "Sí, Hijo, Tú me perteneces nada más que en la Redención y para la Redención". Y entonces es cuando el Señor hace el milagro, como añadidura. Pero vemos claramente, en el momento de la Pasión, que esta Mujer no está apegada a su Hijo. Porque, ¿qué mujer que estuviera dependiendo de lo que su hijo es en el tiempo lo podría ofrecer en esa forma? ¿Cómo iba a poder andar Ella activa, ofreciéndolo –no aceptándolo sino ofreciéndolo- como el primer sacerdote? Pensemos bien las cosas. En eso de acompañarlo al Calvario hay una intención sacerdotal. Es como cuando Ella tocaba todas las cosas en Nazareth, porque es muy hermoso tener un piso donde aposentar los pies; como cuando Ella arreglaba esa casa, porque es muy hermoso tener una casa; sino que lo digan los días de frío. Ella estaba como en un aprendizaje de todos los ritos supremos; se había pasado la vida ofreciéndolo todo; era como si hubiera estado en un ensayo continuo: "Ahora yo ofrezco estas cosas, Señor, parcialmente, y mañana tendré a mi Hijo en mis manos y mi Hijo será Tuyo y no mío". Veis qué lección provechosa para las madres. "Ese Hijo es Tuyo, Señor, no mío". "Ese Hijo me lo entregaste para una misión de Redención, y no es mío nada más que para la Redención". Ven cómo está un poco la mentalidad de Caín cuando la madre se repliega sobre su hijo y dice "mi hijo"; cuando se apodera del

hijo, roba ese hijo a Dios. "Ese hijo es mío y tiene que estar a mi lado", ahí hay un poco lo de Caín, que cuando hizo la primera ciudad no la ofrendó a Dios sino que le puso el nombre de su hijo: Enoch. ¿Ven cómo sin movernos de una misma cosa estamos viendo infinidad de aspectos? Siempre vemos esa conciencia plena que tiene la Virgen del depender. Ese Hijo dependía del Padre. "Ese Hijo es Tuyo, Señor, no mío".

A nosotros nos toca, a los católicos, que por el Bautismo somos una prolongación de Dios y de María, no despreciar las cosas temporales, sino elevarlas, no manchar el alma con apegos. Hacer hermosa nuestra alma. Que esa alma sea pura, que sea un vaso virginal, que al ser virginal está actualizando el depender de Dios. Y que Dios pueda estar haciendo todos sus designios de sabiduría y de amor para que esa criatura eleve todas las cosas. Que en la casa haya decoro, orden, pulcritud, buen gusto, para que cuando Dios le confíe un hijo también lo eleve, como un rito, ofreciéndolo al Padre. Todas las cosas están colgadas de la boca del amor del Padre. Y es una tremenda injusticia cuando queremos hacer un círculo alrededor del yo. Imitemos a María en esto, que nada comienza en nosotros y que todo continúa como una corriente de vida hacia el Padre Celestial, y entonces estaremos realizando a Cristo en la tierra.

Segundo día

IV

Amadas hermanas: en honor de nuestro Padre santo Domingo, porque es tan semejante a la Virgen, la estamos predicando a María; por ser el año que es y por ser Ella quien es; por ser Ella actualísima. Ella es la única que nos da esperanzas de un nuevo nacimiento; de que el mundo reaccione, se purifique y vuelva a ser cristiano. Decíamos ayer, al comienzo de este retiro, que nos tenía que asombrar que hoy le recemos tanto a María cuando no la conocemos ni la vivimos. Cuando Ella es el modelo del cristianismo. Es la cristiana auténtica. Vamos a acertar si la miramos como a algo accesible y algo que es totalmente para nosotros. La Virgen no tiene ninguna afición a nada que no sea Dios y las almas. Por algo es Madre universal, está pendiente de ti, te conoce a ti singularmente, de manera distinta, no en confuso. No está Ella embriagada en su felicidad, en el arrobamiento de Dios, y desentendiéndose de la tierra, sino que está poseyéndonos a nosotros. Volvamos a la norma de los primeros cristianos, que no la nombraban tanto porque la vivían más. La

nombraban con sus propias vidas. Le rezaban, sí, pero ustedes ven que no hay tantos tratados sobre Ella. Los hay pero no en la abundancia de hoy. No se han hecho los estudios expresos que se han hecho hoy, después del protestantismo.

Pues bien, entrando ya en la Santísima Virgen pusimos ayer ese principio fecundísimo que es el constitutivo de Ella. No es hablar de la Virgen hablar de su misericordia, o de su amor, o de su bondad, porque Ella, ya hemos dicho, tenía todas las virtudes en el mismo grado. Está plena de gracia. La característica de Ella es ésa. Su tónica es plenitud. Mientras que en un santo, con toda evidencia se va a destacar tal virtud y se van a armonizar las demás alrededor de ésta, aquí tenemos que la tónica de la Virgen es plenitud. Ustedes ven, en nuestro Padre santo Domingo, la característica de nuestro Padre es la vehemencia del amor compensada por la luz de la ciencia. En cambio, digamos bien las cosas: el acento de la Virgen es plenitud. La prueba está en que está coronada por doce estrellas. Ya saben que el doce es el número de la plenitud. Entonces, ¿qué, nos quedamos con que es un círculo en el cual no podemos penetrar? No. Es esa cosa maravillosa. Dios quiera que la Tercera Orden llegue a vivir tanto de la Teología que se parezca a esos primeros cristianos que allá en Antioquía supieron levantarse contra Nestorio. Nestorio levantó su voz desde el púlpito para decir que la Sma. Virgen no era la Madre de Dios y todo el pueblo lo hizo callar. Él dijo que había en Nuestro Señor dos

personas y que la Virgen no era madre de la persona divina sino tan sólo de la humana, y todo el pueblo se levantó contra él.

Pues bien, yo desearía mucho que ustedes no estén en una devoción sentimental a la Virgen. No es nuestra "madrecita". Ante todo es nuestra Madre; es algo más que nuestra "madrecita". Es mi Madre en un sentido de creación de la criatura nueva. Es mi Corredentora. Ustedes ven que hay muchos tratados de piedad que dicen que la Virgen se destacó por su castidad, y entonces viene todo lo demás: también se destacó por su amor, por su bondad, por su mansedumbre, etc. Tenemos que ir mucho más a fondo. Dijimos ayer que estamos en el mismo caso teológico que cuando tratamos de estudiar a Dios. ¿Por qué Dios es Dios? ¿Por su misericordia, por su ciencia, por su justicia? No. Ninguna de esas cosas es el constitutivo metafísico de Dios. ¿Cuál sería la cosa que quitándola dejaría de ser Dios? La **aseidad**, que quiere decir ser por sí mismo. Nadie lo comenzó a Dios. Él es desde siempre en Sí mismo. No le debe a nadie su propio ser. Ésa es la propiedad de Dios en cuanto Dios.

Entonces, la Virgen ¿qué será si es la pura criatura? El ser por Otro. El ***esse ab alio***. Todos nosotros somos por Otro. La pena es que no lo vivamos, y en la medida en que no lo vivimos estamos muertos. Vivimos en la medida en que somos por Otro. Es cuando se establece la corriente del vivir. Eso es lo importante. Es el constitutivo metafísico de toda criatura, el depender esencial. Es el depender que me está dando el ser, y que yo, quiera o no quiera, lo tengo. Lo mismo les pasa a los ánge-

les. Yo soy, porque soy un hálito de Dios. Porque Dios me está pronunciando. Ahora Dios está ocupado de mí y de ti. Hay una relación de amor entre tú y Dios. Dios te ama, y tú ¿no lo vas a amar? Si todo lo que tienes se lo debes a Él. La Virgen tuvo la inmensa dicha de vivir eso. El ser de Ella se debe a una corriente divina que viene de la mente y de la voluntad divina hacia Ella, y toda Ella es una corriente que va hacia Dios. Entonces está encajada en el torrente de la Vida. No hay nada muerto en Ella. Pongamos un río que no tiene ningún remolino. Un agua límpida, cristalina, pura. Entonces todas sus fibras viven. Porque todas sus fibras viven la significación que tienen. No hay nada que se vaya hacia el vacío, hacia la nada, hacia la vanidad.

Bien. Examinémonos nosotros como lo hemos hecho ayer. Es un tema éste, profundísimo, no tan sólo para llenar un retiro de tres días sino para todo un año de estudios. Porque de aquí brotan todas las virtudes, luego. Cuando este ser por otro se actualiza en mi voluntad, cuando ese ser por otro, ese depender es querido por mí y yo lo vivo, se convierte en virtud. Entra en la zona operativa mía. Invade la región de la operación mía. Yo soy entonces la criatura plena. Porque yo estoy viviendo -en todo lo que de mí depende-, estoy viviendo ese amor que me está dando origen. Yo todas las cosas las hago con referencia a ese amor. Yo no pierdo mi momento histórico, el momento histórico confiado a mí. Yo no me distraigo con cosas que van a morir. Todo lo mío tiene significación. Nada se pierde. ¿Y cuándo somos así?, ¿cuándo entramos en esta posesión de la

eternidad? Cuando somos humildes. La versión del depender se llama humildad: reconocimiento práctico de nuestra condición de criaturas. Eso es la humildad. Ser criaturas, saber que no nos hemos hecho a nosotros mismos. El orgullo es querer comenzar en nosotros: "yo soy yo". ¿Quién eres tú? "Miren, a **mí** me han ofendido; a **mí**." Y, ¿quién eres tú? Lo han podido ofender a Cristo, y a ti, ¿no te pueden ofender? ¿Quién eres tú que no puede caer una ofensa sobre ti? Si todo el universo se va a encargar de aplastarte porque tú te has erigido en el trono de Dios ¿Qué te preocupa si ha llegado a ti nada más que un pequeño destello de eso? Hasta la última rata dirá: "Señor, yo cumplí mi destino"; y tú, ¿no lo podrás decir?

Amadas hermanas, tengamos mucho cuidado de toda sensibilidad, de todo amor propio. Es cuando hacemos referencia a nuestra persona, que no existe por sí misma. Quien se atreve a definirse a sí mismo, señal que nunca se ha conocido, que está totalmente en las afueras del ser humano. "Yo soy yo", y ustedes ven, para colmo, como no saben a qué echar mano, muestran la esclavitud que tienen. Porque "yo soy yo", y entonces sacan títulos que no son propios, son cosas fantasmales, en las cuales se quieren fundar: en un abuelo, en un tatarabuelo. Los méritos de ellos no son los nuestros. Más de un tilingo está viviendo a costa de los méritos del tatarabuelo. Ya ven ustedes, qué indigencia que no puedan sacar a relucir ningún mérito propio. El pecador vive de fantasmas. No hay cosa más irreal que

la vida del pecador. Ellos no viven la vida, sino nada más que sombras. Están corriendo tras sombras.

Bien. Miren que con detenernos todo un retiro en la humildad bastaría para llenar todos esos días. He insinuado, nada más, lo que es la humildad. La humildad es la única actitud que nos hace felices. Ahora, la humildad no es abyección. Precisamente la Virgen nos da la ley. La humildad es saber que yo no tengo las cosas por mí. Que aquel que tiene unos ojos hermosos, los tiene porque se los ha dado el artista divino. Cuando estamos con Cristo todo lo podemos y el demonio se reduce a una sabandija, como pasó con los santos; pero cuando no estamos con Cristo el demonio juega con nosotros como quiere.

Pues bien, decíamos esto: que la única actitud en la vida que nos hace felices es la humildad, y ¿por qué? Porque nosotros estamos abiertos a todo bien, porque reconocemos que somos un vaso, que somos algo para recibir, y entonces estamos sedientos del bien y lo recibimos con júbilo como una visitación, como una dádiva, venga de donde viniere. Por eso el humilde no sufre nunca, porque si a él le dicen una cosa áspera, saca inmediatamente de allí lo que le conviene. Deja el momento. El momento se lo atribuye al que habló. "Pobrecito, está sufriendo más que yo...", pero si le ha dicho algo conveniente, lo agradece. Como aquel loco que le dijo a Fray Mamerto Esquiú, un orador espléndido pero que se estaba yendo por el lado del brillo, y todo el mundo lo felicitaba, y este loco no lo felicitó nada, y le dijo: "tú no vas a ninguna parte con esto"; y el otro empezó a

predicar entonces tratando de salvar almas, no de brillar. Y entonces el humilde está siempre en esa actitud de recibir. Ya ven cómo es paradojal la vida humana, mientras el soberbio pretende que todas las cosas lo sirvan a él, todas las cosas se le retraen. En cambio, todas las cosas sirven al humilde. Y les voy a decir la cosa más jubilosa que pueda darse: que incluso aquellos que no cuidan de sus vidas y de sus almas, usan de su luz para servir al humilde. Ellos no hacen lo que predican muchas veces, pero lo están insinuando para que otros lo hagan.

Dice san Juan de la Cruz: "Cuando entres al convento hazlo como si fueras un tronco y ten a todos los que te rodean como ministros de Dios que están para tallarte". El humilde todo lo ve en la significación que tiene en el amor divino. "Es verdad, fulana de tal tiene tal defecto, pero seguro que está ciega con respecto a él, y seguro que Dios se lo deja en vista a mi perfección. Para que yo pueda crecer en la paciencia, en la benignidad, en la comprensión. Ella está siendo un instrumento de mi Dios. Dios la está dejando para que me sirva a mí de instrumento. Me está puliendo para la vida eterna". Así ve el humilde las cosas, porque ve todo empapado por la gloria de Dios, y que todo se debe al amor divino. No hay ningún rencor en el Señor. Todo está movido por amor en vista a mi salvación. San Pablo bien lo dice: "Todo es en provecho de los que aman al Señor". Y entonces el humilde, en esa luz, se explica así las cosas.

Ahora proyectémonos en la Virgen, plena de humildad porque está viviendo con todo su ser su condición de criatu-

ra, no sólo con su mente sino incluso con la misma naturaleza sensible. Ella tiene actualizado al máximo ese depender. Ve que Dios es una madre que no deja de sustentar a su hijo día tras día. Ella está en la sabiduría porque está en la humildad, de tal manera, que Ella esperaba la hora. Ella esperó lo definitivo, no se estuvo apurando. Hizo las cosas en los tiempos de Dios. Hizo las cosas en la maduración de ellas. No precipitó nada, no adelantó nada, porque estaba viendo cómo el operar divino no cesaba, cómo el operar divino no tenía abandonado al hombre. En Ella no hubo la menor impaciencia. Era todo un vaso limpio, puro, que recibía día y noche lo que hay de positivo, que es la gloria de Dios que está llenando todas las cosas. Hasta el inicuo está sirviendo a Dios. No por voluntad propia; la voluntad nuestra es nuestra. Al pecado no lo hizo Dios, pero Dios puede usar del pecado del inicuo en favor de la gloria de su universo y de su reino. Claro que sí.

Ahora bien, demos un paso más allá. No quiero detenerme en la humildad, aunque habría mucho que decir. Pero quisiera dar el bosquejo más completo posible de la Virgen para que esto sea como una insinuación de algo que hay que continuar. Ya veis que he puesto un principio verdadero tan fecundo que todo se desprende de allí con toda facilidad. Ahora nos va a ser fácil explicar la virginidad de María. Ya sabemos que la tuvo María, virtud y estado. Lo que nos importa es detenernos en el estado de virginidad. Cómo María vivía íntimamente su verdad, su origen; cómo nunca había usado la libertad de naturaleza

para apegarse a criatura alguna. Ella es la Virgen plena. Sus facultades no se han contaminado jamás. La virginidad suprema consiste en que nuestras facultades estén ordenadas hacia su fin. Lo que importa es esta otra cosa interna. El afecto de la Virgen siempre estuvo donde tenía que estar. Nunca volcó su afecto de indigencia; su afecto de necesidad, jamás lo volcó en criatura alguna. Jamás la Virgen tuvo apego alguno, jamás su voluntad, ese apetito de indigencia que tenemos todos nosotros, jamás se volcó en ninguna cosa temporal. No se apegó a criatura alguna. Su voluntad está en la pureza de cuando se nace. Por eso es que su interior es inmaculado, por eso es Huerto Cerrado, por eso es que Ella es ese amor pleno hacia la criatura. Que les quitamos algo a las criaturas cuando nos apegamos a ellas. Es que cuando concebimos las cosas en la imaginación somos carnales; es el apego el que hace que nos interesemos por las cosas de la tierra. Entonces, ¿si yo no me apego a las criaturas voy a caer en la frialdad, no me va a importar nada de ellas? Es claro, si yo soy un sensual (tomo al sensual en el sentido más amplio: sensual es toda criatura que vuelca su amor de concupiscencia en las criaturas), sensuales somos en cuanto nosotros queremos satisfacer nuestra voluntad en la criatura en cuanto tal, porque la voluntad de suyo, en su interior, está hecha para amar al Bien infinito. Y entonces es un gran error querernos satisfacer con las cosas de la tierra. Cuando una criatura es sensual no le va a interesar el prójimo, porque como él es egoísta, entonces se va a interesar por el otro en la medida que le interesa a él, pero ese

amor no. Porque, ¿cuáles son las manifestaciones de ese amor? Es halagar, es alabar. Se la halaga en las debilidades que tiene. Se favorecen sus defectos porque se la quiere ganar, porque se quiere sacar provecho de ella, y la otra dice: "¡cómo me quiere!"; "¡cómo me atiende!"; "¡cómo me cuida!" Está cuidando la muerte de ella porque la está halagando en sus debilidades, en sus defectos. ¿Pero le interesa esa criatura como persona? No, sino como cosa. En aquello que pueda usufructuar de ella. Le interesa algo que esa persona tiene pero no la persona en cuanto tal.

Ahora bien, nosotros somos un vaso por nosotros mismos. Cuando nosotros lo tomamos y lo elevamos hacia Aquel que puede colmarlo, nos llenamos de un amor perfecto. Dirigimos nuestro amor de indigencia hacia Dios que es el único que nos puede saciar, y cuando el Bien infinito nos llena ya no amamos a esa criatura con amor de indigencia sino con amor de perfección. Es cuando realmente hacemos el bien. Es un amor que tiene todos los sabores. Que aquí levanta, que allí es tierno, que acá es austero, que da el bien en la medida y en la hora en que hay que darlo y en la forma como hay que darlo. Ahí lo tienen a Jesús: *"Bienaventurado eres Simón, hijo de Juan, porque lo que tú has dicho no procede de la carne ni de la sangre, sino del Espíritu, y de cierto te digo que tú eres Pedro y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán sobre ella"*. Tres versículos después, al anunciar el Señor una vez más su Pasión, Pedro, que ya se ha sentido con humos porque le ha dicho todo aquello, le

dice: *"¡Lejos de Ti, Señor, eso!"* Y el Señor volviéndose a Pedro: *"¡Lejos de Mí, Satanás, porque no entiendes las cosas que son de Dios sino las que son de los hombres!"* Miren ustedes, allá lo alaba y aquí le da un buen sosegate. Ése es el verdadero amor. ¿Y podemos nosotros encontrar una criatura que tenga más desbordante el amor de perfección con respecto a nosotros, que la Virgen?, que es capaz de sacrificar su Hijo por nosotros, sacrificarlo de manera positiva, con todo su ser, como un sacerdote que va al altar para sacrificar su víctima. La Virgen es Abraham, no ya levantando el cuchillo sobre su Hijo sino inmolando a su Hijo. ¡Sin que aparezca el menor destello de indignación, de asco; el menor síntoma de fastidio para con esos inmundos fariseos! Que ella va atrás, firme, ofreciendo, ofreciendo, ofreciendo, y que sabe que con cada ofrecimiento está salvando un alma y obteniendo un hijo. ¿Quieren mayor amor de benevolencia que ése? ¿Es que nos amó alguna vez con interés propio cuando es capaz de hacer eso por nosotros? ¿La veis ahora realmente Virgen? ¿Veis cómo de la virginidad brota la fecundidad? Porque en la medida en que nos conservamos intactos somos vasos para el amor que da el bien. En la medida que conservamos nuestra alma sin contaminaciones puede depositarse el espíritu creador sobre nosotros. En la medida en que es Virgen es fecunda. Y como es Virgen universal es fecunda universalmente. Ella no se ha apegado a ninguna cosa pidiendo a la criatura lo que debe pedir a Dios, y Dios se puede depositar con toda holgura en Ella. Es Ella como la dispensadora del bien para todos. Aquí se

podría decir lo que dice el salmista en su arrobamiento cuando escribió el salmo 44: *"Mi corazón se desborda en una palabra buena, diré mi obra al Rey"*.

Mirad que me encontraría por muy bien servido si al final de estos ejercicios sacáis la idea de que tiene que haber una relación de hijo a Madre, entre vosotros y la Sma. Virgen, y profundizarlo para estarla imitando. Ahora tenéis material para toda la vida. La verdadera virginidad que quiere Dios está en eso de no pedir felicidad a ninguna criatura, que pidamos felicidad a Dios y que la sepamos dar sin esperar retribución al bien que hayamos hecho. Os recomiendo que siempre os olvidéis de vuestras obras buenas, porque si lleváis contaduría de vuestras obras buenas, vuestras obras buenas os van a aplastar.

V

Amadas hermanas: ya veis si este principio será fecundo que ya nos encontramos con otro tema. Hemos hablado de la humildad, muy brevemente. Pero es una virtud tan básica que ella es el fundamento de nuestra naturaleza. Se podría decir que es una virtud metafísica. Es la definición nuestra, es la que nos coloca en nuestra realidad. Ya veremos más adelante cómo se completa con la magnanimidad. Después hemos mencionado, nada más, un tema lleno de delicias que es la virginidad. La virginidad de María. Que esto se refiere a la intimidad de Ella. A

que Ella jamás se contaminó dentro de Ella; que fue siempre nueva. Y al mencionar la virginidad, necesariamente apareció la fecundidad, y ahora nos detendremos en esto.

He dicho que a mayor pureza y virginidad, mayor fecundidad. No me refiero a la fecundidad de la carne sino a la del espíritu. Se ve al hombre muy en los sentidos en cuanto que a todo le da una concepción carnal. Quiero hacer una exposición más o menos exhaustiva de este tema para que veamos, para que tratemos de despertarnos y ver las cosas del tiempo a la luz de esta verdad. Mirad, vosotras sabéis que una criatura por el sólo hecho de ser criatura es limitada. Es verdad que cumple una perfección. Si yo soy un ser humano, cumplo una perfección admirable dentro del universo, soy la corona del orden sensible. Pero yo, si yo soy un ser humano, no puedo ser un ángel, no puedo ser un águila, no puedo ser una paloma. Una perfección creada siempre significa limitación. Ahora, ¿de cuántas maneras se abre esta limitación para que no seamos un islote aislado, para que podamos cumplir nuestra misión?, ya que si a mí se me ha legado una perfección es para que yo la comunique a las otras criaturas, es para que yo forme un discurso con las perfecciones de los otros seres, para formar así un despliegue del Verbo eterno. Para que todo lo que está contenido en el Verbo se vaya desplegando en una serie de criaturas, para que entre todas ellas compongan un canto, un concierto que es como la manera de estarse reflejando la perfección de Dios en la creación. Es

necesario que seamos lo que somos para que estemos abiertos en consonancia con las demás cosas.

¿Y cómo se abre este límite de nuestro individualismo?: primero, por el conocimiento; segundo, por la armonía y tercero, por la fecundidad.

Por el conocimiento, en cuanto persona, yo me enriquezco con la perfección de las demás cosas. Por el conocimiento yo puedo poseer la perfección de las otras cosas sin dejar de ser yo. Por el conocimiento yo me hago propietario de la perfección de las otras cosas sin dejar de ser yo. Pensad bien, el naranjo, ¿conoce que tiene azahares?, ¿conoce la belleza de sus azahares? Nunca; el naranjo es una nada con respecto a sí mismo. En cambio, yo poseo la belleza del naranjo. ¿No os ha dado un poco de pena al ver los pájaros, preciosos, y que no saben que son preciosos? ¿No os ha dado pena de ver una rosa suntuosa y que no sabe que es una rosa suntuosa? Son una nada con respecto a sí mismos, porque no tienen esta facultad suprema que es el conocimiento.

Pasemos a la armonía. ¿En qué consiste la armonía? En el equilibrio de los opuestos. Es decir, un pintor hace todo un cuadro en gama de verdes y todo ese cuadro resulta monótono porque todo está en verde; le pone una nota de rojo y todo el cuadro vive. El verde es enriquecido por el rojo, que es su opuesto, cuando está en un justo equilibrio. Un pintor hace una gama toda en dorados y los dorados están allí monótonos, es una monotonía espantosa, le pone tonos morados, violetas o

lilas y todo aquello canta. ¿Qué es la armonía, por lo tanto? Es la manera como se relacionan las cosas que son distintas, componiendo, precisamente, un solo universo. Es como esto, que es limitado, se enriquece con lo que no tiene. Vayamos al campo humano. ¿Te das cuenta, ahora, qué injusta eres cuando tú sientes fastidio por aquel que tiene un temperamento distinto al tuyo? ¿Ves qué injusticia cometes? Por ti la humanidad tendría que ser una cosa terriblemente monótona. Tú tienes temperamento melancólico y no aguantas al fogoso. Y todo ser humano tendría que tener temperamento melancólico. ¡Bien insoportable sería la humanidad entonces! Miren cómo el orgullo se mata a sí mismo. Porque es el orgullo el que me erige como un valor absoluto, y no aguanto a aquel que es distinto a mí, cuando yo lo debiera ver como algo que me está complementando a mí. Yo no tengo lo que él tiene. El melancólico y el fogoso se complementan magníficamente. Lo mismo el temperamento nervioso con el flemático. Así digamos también de esas diferencias que existen en el conjunto de la sociedad humana. Es necesario que exista la clase humilde y la clase culta. La sociedad humana en su integridad ya no existe. El noble tenía razón de ser, como la tenía el villano. El villano, el de la villa, no el ruin. Cuando el noble dejó de ser noble para ser orgulloso empezó a usar esta palabra en sentido despectivo. ¡Y cómo no va a hacer falta el campesino! El campesino hace falta para que él viva una realidad muy hermosa de la humanidad. Esa conjunción con la tierra que es necesaria para la humanidad. Miren ustedes si es ley admirable

ésta, que ya veremos, que su perfección completa está en la caridad. La caridad es la que entiende las armonías todas del universo. La caridad nos hace entender que yo necesito del distinto a mí y llega a darnos el sentido que Dios tiene de las cosas, que incluso yo necesito de la miseria de mi hermano, y que la miseria de mi hermano está muchas veces para salud mía. Es donde yo puedo crecer. Así que soy un torpe cuando estoy despreciando al que es distinto a mí. ¡Yo necesito de ése que es barrendero!. ¡Cuánto lo necesito! El buen barrendero que me está sirviendo, al cual lo tengo que reverenciar porque, precisamente, está elevando un trabajo humilde. Así que entonces la segunda manera de expandirnos nosotros, de no quedar encarcelados en los límites de nuestro individualismo, es la armonía, que es una ley sapiencial por excelencia, es una ley de la Sabiduría misma. Piensen bien, no nos ofusquemos. Insistamos un poco en este punto. ¿Es que yo podría hacer una sinfonía nada más que con el "do"? ¿Entonces, por qué tú pretendes extender tu caso a todos los seres humanos?

Por ejemplo, una niña que se casa y va a vivir con su suegra. ¡Señor! Que en su casa, como todos tienen el mismo temperamento, como todos han bebido una misma mentalidad desde la cuna, todos están acomodados hasta en sus mismas discrepancias. Pero cuando viene el otro que ya no pelea en "mi", sino en "sol", aquello es la debacle. ¡Qué miseria tremenda! Miren, yo, para curar esto haría que todos fueran sacerdotes un poco. ¡Qué hermoso es ser sacerdote! Es la criatura católica

por excelencia. Porque, ¡cómo tiene que estar entendiendo todos los temperamentos, y todas las modalidades! Que es precisamente *Anne Vercors de L'annonce faite a Marie*, de Paul Claudel, que la comprendía a Mara y que la comprendía a Violaine, y que los comprendía a todos. Es brutal que nosotros nos queramos erigir en seres absolutos queriendo armonizar todas las cosas alrededor de nosotros. Por algo el Señor, a aquellos que quieren alcanzar la perfección, les pide que se reúnan en un convento adonde vienen personas del norte y personas del sud. Esto tendríamos que entenderlo todos. "¿Cómo, tú quieres alcanzar la perfección?" Y lo toma de la mano y lo pone allí en medio de los hermanos más distintos y de los caracteres más diversos.

Bien, entonces os suplico mucho que uséis de esta regla maravillosa de la armonía que es el equilibrio de los opuestos. Basta para tener al hombre por muy inteligente con que haya comprendido estas tres palabras. Equilíbrate con tu opuesto y te vas a encontrar a ti mismo.

Y vayamos ahora al tercer punto, a la fecundidad. La fecundidad es la otra manera; la manera dinámica, en el orden de la operación, de vencer los límites de las criaturas. De que el torrente de la vida pase a través de nosotros. El pueblo hebreo fue un pueblo sacramental, un pueblo profético. El Señor usó del pueblo hebreo para revelar. Y vosotros sabéis que en el pueblo hebreo no podía haber mayor maldición que ser estéril. Aquel que no tenía hijos se consideraba maldecido por Dios; porque si era de la tribu de David estaba excluido de la genealogía que

podía ser el padre del Mesías y si era de las otras tribus estaba excluido de poder ver al Mesías. Una vez que Dios tomó carne, ya esto no tiene esa importancia. El sacramento del matrimonio ya no es la perfección, como era entonces. Ya ha pasado a segundo plano. Porque el Señor le arrebató la fecundidad a la carne y se la dio al espíritu. El matrimonio está en segundo plano. Toda criatura se cumple cuando es fecunda, toda criatura está muerta cuando es estéril. Ahora no importa la fecundidad de la carne para nada, ya todo eso ha sido consumado. Ya Dios tiene carne, la carne ha pasado a segundo plano. Pero importa mucho la fecundidad de las obras y la fecundidad que se da por el ser bueno en Dios. Ésas son las criaturas decisivas en la marcha del mundo. Las que no saben que son fecundas; que lo están dando a Dios sin saber que lo dan a Dios; que lo están manifestando a Dios con el candor con que Sara era bella y no sabía que era bella.

Distingamos el verdadero espíritu del falso espíritu. ¿Cuál es el falso espíritu? Los converticidas. Los converticidas perjudican mucho a la Iglesia católica, los ensañados en convertir: "que andá confesate"; "que me has desilusionado"; "que por qué no vas a comulgar"; "que vas a dejar pasar esta fecha y no vas a comulgar" ¡Cómo lo perjudican a Cristo! Miren que Cristo es muy suave, apenas se lo nota "pero, Señor, cómo me pides eso"; "pero Jesús, ¿Tú? Esto no debe venir de Jesús". Y el Señor, calladito, se sonríe y se despide, y parece que le está diciendo: "Si, tú tienes razón". Y cuando el alma está callada,

otra vez aparece: "¿No quieres venir?" "Pero, Señor, ¿es tuyo, es mío, de quién es esto?" Y el Señor se sonríe otra vez y se va. ¡Miren ustedes! Si los padres, y si los esposos, y si los hijos procedieran así, cuántos más cristianos habría sobre la tierra. En una palabra, lo que hizo María. María, ¿se ocupó de convertir a alguien? ¿Ustedes la ven comadreando para convertir a las vecinas? ¿Ustedes la ven a María así?

Tiene razón Maurice Zundel, que al despedir a unos misioneros les dice: "Por favor, hijos, no vayan a nombrar a Dios porque ya la palabra Dios se ha convertido en una blasfemia". Tiene razón, porque se lo ha nombrado tanto y con tanta frivolidad que la palabra Dios ya no significa Dios. Nos lo dijo el Señor: "*lo que procede de la carne, carne es, y lo que procede del espíritu, espíritu es*". Alcancemos esa virginidad de la que hablaba esta mañana y todas las cosas van a venir hacia la luz. ¿Han visto cómo Marta está abultada? No hace falta llamar, si todos los seres están ansiando a Dios, lo único que hace falta es mostrarlo a Dios en nuestras obras. Que en nosotros haya tal paz, haya tal quietud de alma, que todos vengan hacia nosotros. Ya ven que santa Teresita del Niño Jesús no se movió ni para acá ni para allá, y es la patrona de las misiones. Hundirnos muy en Dios, tratar de alcanzar esa virginidad primera, tratar de ser nuevos nosotros, lo demás poco importa. Santa Teresa, que es la gran tía de todos, tenía esa gran frase: "Cuando yo me preocupaba por convertir las almas, convertía una en un año, ahora que no me preocupo por convertir las almas, se convierten veinte en un día". Que

no haya entre las terciarias ninguna converticida. Deja pecar al pecador, que si tú estás en Dios es precisamente así como vas a conseguir algo. No les quiero decir que le demos la espalda. Ya sabéis que la virtud está en el justo equilibrio. La fecundidad es propiedad exclusiva del Espíritu Santo, nadie es fecundo sino en el Espíritu Santo, incluso la misma carne. La fecundidad de la carne en realidad no es fecundidad, porque no se tienen hijos cuando no se está en el Espíritu Santo. Se tienen extraños. La fecundidad es propiedad exclusiva del Espíritu Santo, y cuando nosotros nos abrimos a Dios es cuando corre la vida sin que nosotros lo sepamos. Cuando el Señor decía: *"El que cuida su vida la perderá y el que pierde su vida la ganará"*, decía una verdad que se extiende a todos los órdenes. Basta que esté cuidando todos los días a un pecador para que lo pierda, basta que lo pierda todos los días para que lo gane. Tenemos que saber jugarnos enteros. Debemos hacer las cosas por el comienzo; asentarnos muy bien en el Señor. ¿Qué dice la Iglesia? Ante todo salva tu alma, y después salva las demás. ¿No es esto egoísmo? No. Salva bien tu alma que si salvas tu alma vas a salvar todas las otras sin saber que lo haces. ¿Tienes la ingenuidad de creer que con las fuerzas humanas puedes salvar a alguien? Tenemos que ser esa criatura nueva, limpia, pura, brillante, que no lleva el peso de las cosas muertas y temporales encima, que está siempre así, como un testimonio de la Trinidad de Dios, de la frescura de Dios, de la juventud de Dios. Que está siempre sonriendo con esa sonrisa que tuvo el Señor, que está siempre viendo con esos ojos que

están mirando los ojos de Cristo, que miran de manera distinta a cada alma. Que sabe amar al pecador así, en su necesidad. Que lo está mirando en un gran apetito de salud de todos pero nada más que en Dios. Es necesario que reaparezca María y que amengüe Marta. Hay muchas empresas converticidas sobre la tierra. Hay muchas empresas apostólicas, pero lo apostólico no nace de la intención del hombre, la apostolicidad es una nota exclusiva de Dios, que Dios la deposita cuando menos lo esperamos. Lo que importa es que muramos bien para resucitar bien. Que renunciemos a todas nuestras pasiones. Con un santo aborrecimiento, firme pero paciente, y que nunca pretendamos servir a Dios con la carne, es decir con lo que tiene origen en nosotros. Entonces sí que corre la fecundidad, y yo veo el crepitar de la Gracia. Cuando cierro mucho los ojos y cuando tapo bien los oídos y cuando me hago interior, veo el paraíso que está anidando hasta en el alma del último pecador. Cada alma es un paraíso que está ansiando nada más que a Dios. Cuando nosotros dejamos las costras de las pasiones vemos a todas las criaturas en su virginidad primera. Tal como son, lo que significan en Dios. Yo lo veo a él, a ese pobre huérfano que está enterrado en sus miserias y a ese paraíso que está por aflorar. Tengo una gran quietud y dejo que se golpee y lo auxilio cuando se lo puede auxiliar, pero siempre esperando los tiempos de Dios. Como lo hizo la Virgen, que esperó que viniera Dios a Ella. Así esperemos que Dios venga a nosotros y nosotros iremos recomponiendo todas las cosas en una fecundidad irreductible.

VI

Amadas hermanas: con esta plática quisiéramos anotar aclaraciones al tema anterior. Quiero que comprendáis que no se trata, lo que he dicho, de una indiferencia por las almas. De un desentendernos de ellas, ni mucho menos, sino precisamente entrar en el camino eficaz. Que esto no tiene que ser, en una palabra, argumento para caer en lo que combatimos, caer en la esterilidad del egoísmo. ¿Y yo me desentiendo porque no quiero ser converticida? No. Las almas tienen que ser para nosotros una preocupación ardiente, pero en el interior nuestro. Estar apeteciendo el bien para ellas, pero ante Dios. Y de una manera desvelada. Los santos dicen: "Yo daría por bien pagados todos mis trabajos si hubiera convertido un alma". Un alma es de mucho valor; nosotros tendríamos que jugarnos enteros por salvar un alma. Así que yo os pido mucho una gran rectitud en asimilar esto. "¡Oh, el Padre dijo que no tenemos que ser convertidas, y cantemos y bailemos!". No vayan a tomar esto para estar satisfaciendo la frivolidad. Es bien distinto esa angustia de las pobres madres cuando ven que sus hijos están frivolizándose y casi como una súplica les dicen: "¿Por qué no te confiesas?" Esa angustia de una madre cumpliendo con su deber es muy distinta de aquellas personas que por sus propias fuerzas, por su propia voluntad, quieren estar convirtiendo a otros. Quiero que no se

vayan a dar vuelta las cosas, porque con Dios no se puede jugar. Hablo en nombre de Dios. No podemos tomar esto como pretexto para ir en contra de la verdad. Aclaro esto: que no es un desentenderse de las almas.

Quiero hablaros ahora de una cosa que clama al cielo. De una esterilidad voluntaria, para que sepáis interpretarla tal como puede ser ante la mente divina. Y de la otra esterilidad inconsciente, para ver si nos despertamos y salimos de ella. ¿No es cosa que nos tendría que espantar que el mundo esté en una deliberada intención de esterilidad? ¿No quiere decir esto que ellos están cumpliendo la maldición de Dios? ¿Cómo podemos tener esperanza de salvación cuando vemos que se está cumpliendo sobre el mundo la maldición de Dios? ¿Puede darse cosa más espantosa que la criatura quiera ser estéril, que esté violentando su naturaleza y la está destrozando para poner un dique a la vida? ¿No quiere decir que ya es algo satánico, que está odiando a la vida?, ¿que está amando la muerte? Vaya, ¡bonita comodidad y solución de problemas! ¡Qué solución de problema hundirse un puñal en el pecho! ¿Es que somos tan tontos? ¿Es que esta pobre criatura no se da cuenta de que se está matando? ¿Es que los primeros que evitaron los hijos no murieron, y no mueren todos los que evitan los hijos? ¿Es que están tan torpes ya que no saben ellos adjudicar a la verdadera causa los efectos que están padeciendo? ¿Es que esas criaturas que así violentan el curso de eso que es precisamente la bendición de Dios, no se dan cuenta de que se van agrietando día tras día? ¿Que se caen a

pedazos, que en sus rostros está escrita la muerte que han querido? Que van cayendo en neurastenias terribles. ¿No lo hemos visto? ¿Y no tenemos que tener por infame a una civilización que está precipitando a los matrimonios a eso? Porque ya no hay tanta culpa en las criaturas débiles, porque, ¿qué hijos van a tener en un departamento de cinco por seis? ¿No son unas insanas, unas dementes, estas criaturas? ¿No vemos que esto está llegando hasta al mismo campo, que ya en las sierras están haciendo casas de departamentos?

No nos damos cuenta de que nosotros debemos salvar al mundo. Que nosotros tenemos que poner otro espíritu, que debemos tener otra valentía. Se hace un daño espantoso la criatura que quiere ser estéril voluntariamente. Lo que no quieren gastar en hijos lo gastarán en médicos y lo gastarán en sepultura. Porque eso queda en pie, aquello que dijo el Señor: *"Y tu simiente será raída de la faz de la tierra"*. ¿No le causa espanto al hombre no continuarse? ¿Que su vida haya sido una menuda rencilla en un rincón del mundo, estropeando las cosas, y volviendo al polvo sin llevar nada, sin dejar nada? ¿No es cosa atroz?

Bien. Vayamos a la otra esterilidad. A la esterilidad que afecta directamente al espíritu. No debe haber criaturas encerradas en sí. Toda criatura tiene que cumplirse. No es posible que aquella criatura que no se casó o que no se metió de religiosa haga su vida estéril. Que se vaya reduciendo a una oficina o a una casa. Que esté destruyendo a sus sobrinos porque los ha tomado como entretenimiento de su vida vacía. ¿Y las catorce

obras de misericordia? No descanse una criatura que no haga algo bueno. Que su sueldo no esté dedicado solamente a ella. Que no esté sólo de la oficina a la casa y de la casa a la oficina. ¿Ustedes saben lo que es ir al hospital de tuberculosos? Porque esos enfermos saben que se les teme. ¿Ustedes saben cómo esas criaturas resplandecen de gratitud cuando se las visita? Y una persona de cuarenta, cuarenta y cinco años, ¿qué temor puede tener al contagio? ¿Por qué este domingo no vamos al hospital de tuberculosos en lugar de quedarnos tejiendo o de ir al cine? ¿Por qué esa vida tan aterida, tan muerta? ¿Sabéis cómo clama toda esta gente humilde que no tiene enseñanza? Pero nada de esas cosas tan formulísticas, tan llenas de asuntos, tan llenas de reuniones y reuniones. Agarrar un puñado de chicos atorrantes y decirles unas palabras. ¡Y esos barrios! ¡Cómo están!... Y esas niñas que están matando el entusiasmo de sus vidas en salones y salones, ¿adónde van? Vayan al salón, pero vayan al salón alternando con el rancho, con el tugurio. Miren que pesan muchas cosas sobre nosotros, y que si enterramos el denario vamos a dar cuenta de ello. Debemos tener horror de ser estériles. ¿No sienten espanto de que después, sobre su tumba, no quede más que un silencio? Que esa vida no haya tenido significación, ¿no causa espanto?

"Y Abraham murió lleno de días".

¿No tenemos horror de dejar los días vacíos? Esa gran oportunidad de comunicar vida, ya que la vida está dentro nuestro. Y cómo nos matamos, porque en la medida en que no

comunicamos vida, la perdemos. "Dad y se os dará". ¡Mirad qué hermosura! Lo natural en la criatura humana es que esté habitualmente haciendo el bien. "Hoy di una limosna", pero, y los otros 29 días del mes, ¿qué hice? Ser un parásito de todas las cosas. Entretener mi muerte con horas muertas. ¡Esas horas terribles de cine, donde estoy compadeciendo cosas que no existen, cuando hay tanto drama que está esperando una mano, una mirada! Se ha perdido el sentido de la hospitalidad. Aquellas casas abiertas adonde cualquier peregrino que llegaba era "el hermano" que llegaba. Estamos en una civilización espantosamente anti-humana.

Mirad la recompensa: en una casa de aldeanos de Francia llega un peregrino misterioso; hablaba apenas y pedía comida por amor a Dios. Y como eran cristianos los dueños de casa, dieron hospedaje a ese peregrino. Al otro día el peregrino al despedirse y agradecer la comida que le habían dado, miró profundamente al niño, lo bendijo y se fue. Ese peregrino era san Benito José Labre y aquel niño el santo cura de Ars.[5] ¡Mirad qué recompensa! Pues bien, ahora ya no puede venir nadie a nuestras puertas. Vayamos nosotros a buscarlos, vayamos a bucarlos. No nos quedemos tranquilos dando una limosna a aquel que nos pide una limosna golpeando a nuestra puerta, que a lo mejor es un borracho que está explotando esto. Vayamos a buscar

[5] Benito José Labre (1748 – 1783), santo peregrino y mendigo. La casa de los Vianney quedaba en Dardilly, pueblecito de las cercanías de Lyon. Allí nació, Juan Bautista María, quien luego sería el santo cura de Ars.

a los verdaderos pobres. Es eso lo que va a quedar: "*Atesorad en los cielos, donde no roe la polilla.*" ¡No seamos estériles, por amor a Dios! Cuánta razón tiene Paul Claudel cuando dice que está más seguro del perdón aquel que hace algo por obtenerlo. Pero, ¿cómo vamos a dejar pasar estos días sin llevar un rayo de luz a la criatura que está rodeada de muerte? Y nosotros recibimos a Dios como Pan. Pero, ¿somos pan para nuestros hermanos? Mirad a la Sma. Virgen, dio todo lo que recibió, todo lo dio. Dio nada menos que al Verbo eterno y al Verbo eterno lo dio íntegro: "Aquí está, Señor, la Víctima, yo te la ofrezco por mis pobres hermanos que yacen en las tinieblas". ¡Es tan fácil hacer el bien, y es tan abundante la recompensa! ¡Cómo fructifica eso que se hizo, quizás así, no con mucha dedicación, y cómo están allí los verdaderos goces del alma! ¡Cómo se ilumina el rostro del hambriento cuando llega una criatura como un Dios! Cuando acudimos al necesitado nos sentimos dioses. ¡Qué gozo inmenso hay en el alma! Caramba, que ese niño se iba a acostar sin comer y que uno ha llegado justo en el momento en que el padre lo despedía, y que uno ha llegado con un poco de fideos, y un poco de queso, y un poco de dulce, ¡y cómo agradecen esto! ¡Con qué poca cosa podemos hacer el bien! Pensad todo lo que cuesta la vanidad. ¡Señor!, cómo cuesta el hambre de tantos, la vanidad. ¡Cómo los que están explotando a las criaturas pueden cobrar todo lo que quieren por la vanidad y encuentran adoradores! ¡Cómo con una ínfima parte de ello podríamos hacer algo bueno! No seamos estériles; no nos vayamos encerrando

en una vida: que la casa, que la iglesia, que la oficina, todo sin significación, todo muerto en rutinas. ¿Y este Dios? Tomó carne de ti, tomó tu sangre y la devolvió toda, no se quedó con nada. ¡Qué atroz consecuencia del orgullo creer que somos propietarios de algo! Si no corre la vida a través de nosotros, somos un centro de muerte que corre sobre la tierra amarga. Como la Mara de *L'annonce faite a Marie*, que ni siquiera su hijo fue suyo. Y esto lo digo principalmente a las niñas. Se están matando. Están matando días magníficos, días henchidos. Un día va a venir la masacre y será nada más que el peso de días vacíos. Niñas, hijas de padres admirables, que no continúan la tradición. Que están viviendo para sí y que no dan nada a nadie. Que hoy el tenis, y que mañana la plaza, y que pasado el cine, y que traspasado el teatro. Y, ¿dónde está la vida? Es espantosa la diferencia que hay entre una generación y otra. No seamos estériles, porque el signo de la esterilidad está dado por Satanás. Esterilidad es muerte. Debemos dar lo que hemos recibido. Gracias habéis recibido, gracias dad. Ahí está el júbilo. Ahí está la felicidad; de esa manera hacemos nosotros las otras almas, las otras vidas y destinos. Esto lo pide la Santísima Virgen que dio todo lo que recibió. A los pocos días se presentó el don en el templo y dijo: "Padre, aquí tienes lo que me has dado", y recibió para dar, es la única manera de vivir realmente.

Tercer Día

VII

Amadas hermanas: completemos previamente el día de ayer. En estos días hemos hablado, recuerdan, de la humildad, luego de la virginidad, y Dios quiera que hayan llegado a comprender este concepto de virginidad, tan profundo. Uno de los motivos del Evangelio es la criatura nueva. San Pablo dice que lo que vale ante Dios es la criatura nueva. Y ésa es la virginidad. Es eso: dejar que la gracia vaya operando y vaya restaurando la dirección de nuestras facultades, que ya no estén como raíces sueltas. Nuestras facultades han echado raíces hacia la tierra, se han violentado a sí mismas, usando mal de la libertad, y a su apetencia de Bien infinito la han volcado en la tierra. La gracia quiere restaurar esto y es ésa la virginidad más profunda, más suprema. Después de hablar de la humildad y de la virginidad, hemos pasado a hablar de la fecundidad como una consecuencia lógica de la virginidad y dijimos que a mayor virginidad, mayor fecundidad, y que la fecundidad no consiste en ser converticidas. Ahora terminaremos este tema. No tenemos que **convertir** sino **servir**. Es bien distinto. Ustedes ven que en la palabra convertir hay un poco de soberbia: "Yo voy a convertir", hay presunción, hay pretensión. Yo no convierto a nadie.

Si no convierte el Espíritu Santo, yo no convierto a nadie. Yo tengo que servir a todas las almas. Servir con todo amor. Lavar los pies. Miren la importancia que le dio el Señor a este hecho de lavar los pies: *"Me decís Maestro y bien lo soy, y si Yo que soy el Maestro he hecho esto con vosotros es para que vosotros lo hagáis"*. Lo dejó como norma. Él nunca dijo: "He venido a convertir", sino "He venido a servir", y ya hemos visto cómo nos sirvió Jesús, que vivió nada más que para servir y nos sirvió con todo, hasta con su divinidad que la puso así, para levantarnos, para lavarnos los pies. Lavemos los pies. La primera ablución que hacemos sobre los pies de nuestros hermanos es reverenciarlos. Siempre pensar que él es una joya, que hay que levantarla siempre. Nuestra actitud debe ser servir, estar levantando siempre. Para eso tenemos que despojarnos totalmente del juicio y ésa es la libertad suprema. El que no juzga, señal que es puro. Porque el juicio nace de nuestro orgullo. El padre Faber[6] dice que en el juicio estamos nosotros, que es una manifestación de nuestro espíritu, no la verdad. ¡Qué sabemos nosotros lo que hay bajo esa costra de miserias! El Señor está aprovechando esas miserias, en esa criatura, para hacer un gran santo. No tenemos que convertir, sino servir como lo hizo el Señor.

Ahora vayamos a otro punto que se desprende de aquí y que ya parece que entramos plenamente en la paradoja. He

[6] Frederic – William Faber (1814 – 1863), sacerdote inglés, gran escritor ascético, fundador, con el cardenal Newman, del oratorio San Felipe, en Londres, y propagador en Inglaterra de la espiritualidad mariana de san Luis María Grignion de Montfort.

dicho que humildad no es abyección y que la humildad es la disposición necesaria a la magnanimidad. Esto de la magnanimidad es una virtud que nos falta mucho. Magnánimo viene de *magnus*, de magno, apetencia de lo grande. El apetecer lo grande, lo excelso, eso brota de la humildad. ¡Miren qué paradoja! Ahora bien, es falsa humildad y es orgullo esa humildad que está diciendo "yo no soy nada", "yo no sirvo para nada". Toda esa humildad es muy falsa. La humildad, si la encaramos como hemos tratado de explicarla, como el reconocimiento de que nosotros estamos dependiendo siempre de Otro, nos vamos a dar cuenta de que somos una pura apetencia, una pura apetencia de Otro. Imagínense una persona que está sobre un abismo y está colgada de las raíces de un árbol, ¡cómo se prenderá de esas raíces! Pues bien, abajo nuestro no hay nada, está el vacío, nosotros estamos colgados, no aposentados. Y entonces la humildad no es esa cosa del gusanillo, es algo muy metafísico. Es estar pensando que yo dependo de un acto de amor y conocimiento divino, y que si Él me dejara de conocer, yo no existo, y si me dejara de amar, yo no soy. La humildad es reconocer eso.

Santo Tomás no dice conocimiento, sino reconocimiento práctico de nuestra condición de criaturas. Ésa es la perfecta humildad. Yo reconozco mi depender y lo estoy viviendo. ¿Qué es lo que actualizo? La sed de mi esencia, el hambre del Otro. La aspiración, el estar deseando a Aquel por el cual yo dependo y recibo todo. Es evidente. Más claro no puede ser. Y es necesario que volvamos a esta verdad. ¿No nos sorprende al rezar

el *Magnificat,* cuando dice: *"Porque miró la humildad de su sierva me dirán Bienaventurada todas las generaciones"?* ¿No ven allí claramente humildad y magnanimidad? La Virgen reconoce la grandeza que el Señor va a operar en Ella. No Ella, sino el Señor. Yo no me atribuyo nada. ¡Miren qué sabiduría en la Virgen! No se está arrastrando por el suelo, sino al contrario; miren ¡qué majestad tan grande! *"Y porque miró la humildad de su sierva..."* Entonces ese abismo deja de ser un abismo vacío para estar lleno de la mirada de Dios. Una mirada que trae nada menos que los designios que estaban escondidos desde el comienzo del mundo que vienen a dar en esa corola suprema, viene a colocar los designios por los cuales han pasado todos los siglos. Si el Señor me quiere llevar a las alturas, allá Él. Ahora, esto nos falta totalmente a nosotros. Si el mundo está desmantelado es por esa falta de aspiración que hay. Descendamos al orden práctico. Estamos en un crepitar, en un chisporroteo de pequeñas cosas. Sobre todo nosotros, vivimos en pequeñas cosas. Acuérdense bien de lo que se dice del amor: que el amor nos convierte en la cosa amada. Y si amo pequeñas cosas me hago pequeño yo. Me estoy ahogando, me estoy asfixiando. Porque el hombre no puede vivir en este clima, el ser humano no puede vivir en estas dimensiones que nos damos voluntariamente nosotros. El ser humano no se puede encontrar en las revistas, en la radio, en la confitería. Bien, por eso les pido mucho a ustedes que no se queden aclimatadas a esa insignificancia. Nuestra vida no está solucionada con la plaza, la confitería o el cine; si seguimos así vamos a reventar.

La grandeza existe y un buen día empezamos a romper a mandoble limpio a diestra y siniestra, sin saber por qué. Precisamente, porque dependemos de una causa infinita, inmensa, inefable, en su amor. Eso no puede perecer por más que se haga por sepultarlo. Peor para nosotros. Porque nos daremos cuenta en las postrimerías de nuestra vida, de que todos nuestros trabajos han sido vanos. Que por más que nos hemos querido disminuir, un día tremendo hemos reventado. Pero, ¿no vemos que la gente que tiene todo dispuesto ya, que tiene un sistema armonioso de insignificancias, que ya ha ordenado su vida hora tras hora para llenarla con pequeñeces, se está lamentando de todo? Si ya tiene la casa que quiere, ya tiene los hijos que quiere, y ya tiene la finca que quiere, y la otra finca que quiere, y tiene el tapado de piel que también quería, y, entonces, ¿qué le sucede ahora? "Ay, pero sí, ché...", "pero no sé qué tengo, ché...".

Nos reímos, pero es trágico. Es trágico. ¡Pobres criaturas! Somos nada por origen pero somos mucho por creación, y si no lo reconocemos, peor para nosotros.

Por algo estamos tan prendidos a la Virgen, por algo la estamos mirando arrobados y no sacamos la mirada de Ella. Porque es la mujer feliz que ha sabido lo que era y que ha sabido cumplirse. Muy humilde: "Yo, Señor, no soy nada, no tengo definición por mí, pero si Tú me miras, lo soy todo". Miren que Dios nos ama mucho y que el alma nuestra nos ama mucho y que si no rompemos todo ese mar de cosas que nos está sepultando, de alguna manera se va a romper. No es posible que sigamos

dejando vacíos los días. Cada día Dios nos está diciendo: "Despiértate, que te necesito". Y si tú te sigues durmiendo, peor para ti, porque el día vacío va a retornar con bocas espantosas a pedirte cuentas. Si tú no das el denario que llevas dentro, tendrás que rendir cuenta. Porque todas esas almas que hemos dejado deshechas, porque queríamos cantar y bailar, vendrán sobre nosotros. Todos esos arrabales abandonados vendrán sobre ti. Pero esto tiene que terminar. Todas esas fuerzas magníficas que tenemos, ¿se las puede dedicar a semejante despilfarro? ¿Hasta cuándo vamos a estar engañados creyendo que la diversión es felicidad? ¿Es que no se bebe el hastío allí? Somos magnos. Esto tiene que ser asumido por la operación nuestra y tiene que trocarse en magnanimidad, en apetencia de lo magno. Somos tierra para que se siembre algo en ella. La humildad viene de humus, de tierra negra y fértil. Y es necesario que nosotros estemos con el surco abierto para que la semilla divina se deposite. Si a nosotros se nos ha puesto en este aviso es para que seamos pan de otros. Es para que apetezcamos la santidad, lo único que nos convierte en personas en la tierra. Mientras somos criaturas ausentes, mientras no somos magnánimos, estamos como sombras sobre la tierra. Nuestra boca se abre y no habla, nuestras manos se agitan y no hacen nada. Nuestras palabras son un reguero de signos magníficos tirados por tierra. ¿No tenemos espanto de que llegue la muerte como una sepultura final, de que los ríos de los días corran por encima de nuestra tumba y se levanten de hombros y digan: "¡bah!, es lo mismo que si no

hubiera nacido"? ¿No nos causa espanto no tener significación ninguna? ¿No nos causa espanto pasar al otro lado sin llevar hijos? ¿No habéis visto que las pasiones son como esas bocas de tinieblas que hay en las rocas que chupan el agua y no devuelven nada?, ¿que las pasiones absorben y qué dan?

Así como vosotros para comer tenéis que hacer víctimas, porque hay que matar ese tomate, hay que matar esa acelga, hay que matar ese cabrito, esa vaca, y allí todo termina; así también es el amor sensual, chupa, exige, absorbe, y no devuelve. Es la tierra amarga, la tierra amarga que no da fruto, la tierra salobre; es la mujer de Lot convertida en estatua de sal. Y esa ira, ¿qué dio?, y aquel orgullo, ¿qué fruto? Y aquella susceptibilidad, ¿qué ha quedado de ella? Nada más que la muerte, el silencio, la retracción de todas las criaturas. ¿No habéis visto cuando pasa un gavilán u otra ave de rapiña, cómo en seguida se hace el vacío? Así, cuando aparece nuestra ira, las exigencias de nuestro amor propio, el yo lleno de negrura, todas las criaturas hacen el vacío alrededor de nosotros.

"Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra". Maldito el iracundo porque alrededor de él se sembrará nada más que la muerte. Y de todas las otras pasiones podríamos decir otro tanto. Si todas las cosas vienen al manso, todas las cosas se retraen del orgulloso. ¡Cómo podemos ensalzar nuestra nada si reconocemos que somos nada y todo lo dependemos de Otro! Estaríamos colmados por el que Es, el que Fue y Será. Pero si levantamos nuestro vacío como un eje y como un punto de

referencia absoluto, ¿qué habrá sino nada más que un vacío que devora y no devuelve nada? No hay derecho, ni siquiera de quemar los bienes de la tierra llenando ese abismo. Aquellos que tienen... "yo gasto en el cine porque tengo...", yo tengo... Tú crees que lo tienes. ¿No se te dio para administración? Me contaron una vez, hace mucho, unos veinte años, que en el Jockey Club de Buenos Aires un señor encendía un habano con un billete de cien pesos. ¿Adónde estará el pobre ahora, en qué mazmorras estará ahora? ¡Cuántas bocas se abrirían alrededor de ese habano! Y así, aquellos que tienen, ¡qué cuenta tendrán que dar! Gastan en cosas superfluas mientras en el hospital de tuberculosos hay pobres que no se curan porque no pueden comprar esas drogas que los curarían, pero que no pueden comprarlas porque cuestan miles de pesos.

¡Qué bella es la vida y qué bello es Dios! ¡Y qué bello es desplegarse en este Dios! ¡Qué candoroso es el mundo cuando lo vemos así, con los ojos del Crucificado, y sabemos que no hay mayor felicidad que la de recibir para dar! ¡Qué cosa magnífica no tener tiempo, ni bienes, ni nada, porque todo lo hemos donado! ¡Qué bello es Dios y qué bueno; cómo para Él no hay fatiga ninguna y siempre está amándonos y esperándonos! ¡Y qué feliz es la criatura lograda y desplegada en el bien que da de comer a los pequeñuelos, que da la luz y que da el pan y que da el alma a las almas! ¡Qué bello es todo!, y cuánta razón tenía aquel pobre cura borracho de Graham Green cuando ya lo es-

taban por fusilar y él, haciendo el último examen de conciencia, decía: "¡Caramba, qué fácil hubiera sido ser santo!"

VIII

Amadas hermanas: antes de que pase el tiempo y después no lo tengamos, vamos a despachar una cosa de importancia, y que, desde luego, es la fiesta de nuestro Padre santo Domingo. Que pongamos todo el espíritu y toda la gratitud para que sean fiestas vivientes, llenas de júbilo y gratitud; de aspiraciones, sobre todo, de que lleguemos algún día a ser dignos de tal Padre.

Hay un acontecimiento de mucha importancia, y es la visita de Monseñor Aramburu como Obispo de Tucumán. La Misa es de 8.30. Les pido que sepamos vivir el significado del Obispo. Nosotros no estamos en una sumisión completa al Obispo en lo que atañe a la obediencia, no. Nuestro Obispo es el Papa[7]. Entonces, ¿nosotros estamos desentendiéndonos de este Obispo? No. Nos toca mostrar la unidad de la Iglesia. Es todo un asunto de organización, es bien distinto. Nosotros debemos mostrar la importancia, la significación del Obispo, que es Pedro, que es Juan, que es Santiago, en una palabra, que es uno de los Apóstoles. El Señor está pronunciando sobre Monseñor Aramburu las mismas palabras que pronunció sobre san Bartolomé. Debemos mostrar ese acatamiento inteligente

[7] Se refiere a la Orden Dominicana.

al Obispo. Comprender que es una bendición para nosotros. Es el que nos da unidad. Tiene que haber una gran demostración sincera de afecto. Todo el amor que tenemos a Dios debemos volcarlo en este acto. En la reverencia. Les pido que hagan un verdadero esfuerzo por concurrir. Será un acto muy breve; en el desayuno unas palabras de bienvenida, de gratitud, y nada más. Les pido que hagan un esfuerzo por venir las más que puedan.

Bien, entremos en lo nuestro. Ya saben la labor que nos hemos propuesto. Demostrar un poco a la Virgen. No ya como Mediadora, no como Madre poderosa, sino como algo que tenemos nosotros que vivir. Que María esté en la tierra. Que María esté en sus hijos. Y hemos tratado de examinarla bien a fondo. Tomar aquel principio que la constituye como Virgen plena. Ya hemos expresado ese principio bien firme que nos ha introducido en la Puerta Cerrada. Hemos podido contemplar su verdad sin tocarla, sin disminuirla, sin mancillarla. Sigamos más allá. Vayamos a otro principio que deriva de María; algo muy importante, hijas, que vivamos. Que es un acto decisivo, que es, en una palabra, la verdadera conversión. Y es lo que hizo la Virgen Santísima. Que de las virtudes no veamos el aspecto negativo, sino el positivo. Que no veamos lo que la virtud quita, sino que veamos lo que la virtud da. Porque hay síntomas bien claros. Si yo estoy viendo lo que la virtud quita, señal que aún soy carnal, que aún estoy del otro lado, que no he entrado en una verdadera conversión, si estoy viendo nada más que el aspecto privativo de la virtud. Porque la virtud no prohíbe nada que sea

verdad, no nos quita nada verdadero, ni nada que nos pueda dar un auténtico gozo. Todo lo contrario. Nos quita nada más que lo que nos está deformando. La virtud es una rectificación de nosotros, es una normalización de nosotros, y la virtud nos está dando un aspecto del paraíso, alguno de los aspectos del paraíso. Cada virtud es una energía que enfoca un aspecto del paraíso. Importa mucho desarrollarlas y en esa medida va a estar nuestra felicidad. No somos desdichados por las penas que nos acontecen. Si metemos a un santo en el infierno, él va a ser feliz lo mismo. Otro tanto pasa en la tierra. Si yo tengo desarrollado todo el complejo admirable de virtudes, estoy como si tuviera un baluarte bien firme. *"Y la abundancia estará en tus torres."* Y ¿dónde está la paz? En tu fortaleza, en tu virtud.

Cada virtud es una fuerza que enfrenta un aspecto de la vida, que nos da la medida necesaria para poder estar actuando suficientemente con un aspecto de la vida. La castidad, ¡qué va a ser privación! ¡Cómo la castidad va a ser privación, si la castidad es la obtención del hombre! Yo empiezo a ser hombre en el momento en que soy casto. Con la castidad entro en posesión de mí mismo. Yo soy yo. Yo encuentro a mi alma, cuerpo, fibras y energías mediante la castidad. Yo me encuentro a mí, yo no voy a estar cegado por las ilusiones, yo no voy a estar así en esa cosa tremenda, en eso de estarme quebrando en esas ansiedades que engendra la ilusión. Voy a ser un centro bien lleno de unidad. Voy a estar dándome; no bebiendo así, como tierra amarga que todo absorbe y nada devuelve, sino que voy a estar lleno de vida

para darla. Si soy casto, mis energías van a ser mías, yo voy a ser un verdadero hombre porque la inteligencia va a estar bien lúcida y las pasiones sosegadas y tranquilas. Cuando no somos castos las pasiones juegan con la egregia voluntad. La sirvienta es la voluntad y las pasiones las señoras.

Si miramos a María vemos el aspecto positivo de las virtudes. ¿Qué prohiben las virtudes? Prohiben las deformidades, el desorden, las angustias de no ser yo. Porque, ¿qué es una pasión? Una pasión de suyo es una fuerza que no sabe nada de la persona. Es algo integrante mío, que entiende nada más que lo suyo. La ira entiende nada más que lo suyo, pero no entiende lo que conviene a la persona a la cual pertenece. Ahora, ¿quién tiene que dar proporción a la ira? ¿Quién tiene que modelar a esa ira para que esa ira esté integrando a una persona? Tiene que ser la razón, y entonces la ira se convierte en fortaleza. ¡Qué distancia más magnífica! Esa fuerza animal que es tan feroz, que todo lo maltrata tanto, que todo lo violenta, que se convierta nada menos que en fortaleza; la fuerza más constante, más permanente, más dulce que pueda darse! ¡Miren qué transformación magnífica! La pasión no desparece sino que es asumida por la razón y adquiere sentido humano. La razón está dando unidad a todas esas pasiones y sentido humano a esas pasiones.

Volvamos al ejemplo de la castidad. Una cosa que es la perfección máxima en el orden de la naturaleza, que es la cosa más noble que Dios podía haber dado a la criatura; esa participación en el poder de crear, convirtiéndola en instrumento de

creación, que eso es lo sexual, lo más noble que puede haber en la criatura, lo más alto; es allí donde recibe un reflejo de lo que Dios tiene de más Dios, ese poder de comunicar vida a otro, ¡que a eso se lo haya envilecido tanto! Entonces, ¿de qué nos priva la castidad? De nada; lo da todo. Da ese señorío sobre ese apetito que tiene que caer bajo la potestad de mi libertad. Que si quiero crear criaturas en la carne, bien; y si no quiero, bien. ¿Por qué usar del instrumento si no se quiere el fin? ¿De dónde viene ese sometimiento de estas pobres criaturas convertidas en esclavas? ¿De dónde viene eso sino nada más que de una perversión?

Bien, dejemos las virtudes morales y vayamos a las egregias virtudes teologales. Que yo estoy henchido en el amor de Dios. Que esté amando con el amor con que Dios ama a las criaturas. ¿Queréis paraíso más grande, ya en esta vida? Poder dar el Pan. Poder estar visitando las cosas para levantarlas, para regenerarlas. ¿Puede haber dicha más grande que ésa? ¿Por qué veo lo privativo de la virtud? Porque todavía no soy María, porque soy aún la criatura vieja que está en las afueras de Cristo. Cristo es la realidad, Cristo es la exaltación de toda virtud. ¿Cómo le ponemos los títulos de muerte, de privación, de dolor, cuando Cristo es todo lo contrario? ¿Por qué pensamos que Cristo nos va a quitar algo, si ha venido para donarse íntegramente? A mí me da pena cuando criaturas que quieren ser virtuosas y quieren agradar a Dios se pasan preguntando: "Padre, ¿es lícito leer tal revista?"; "¿es lícito ir a tal cine?"; "¿es lícito llevar la manga a tres centímetros o cinco abajo del codo?" Somos esclavos, esta-

mos en la ley muerta. No hemos descubierto la transformación, el don de Dios, todavía. Porque, "ama a Dios y luego haz lo que quieras". Porque el día que ames sinceramente a Dios no vas a preguntar nada de eso. Porque tú vas a despreciar todas esas cosas, porque todas esas cosas te van a aburrir. No vas a ir al cine porque te aburres mortalmente en el cine. Eso es todo. Una vez un padre muy bueno, excelente, me habló preocupado por su hijo: "Caramba, usted que conoce mucho a mi chico, ¿por qué no hace algo?, me parece que está enfermo. Antes escuchaba tranquilamente la radio y ya no la quiere escuchar". Y yo le contesté: "Quédese tranquilo, señor, que su hijo está enfermo con muy buena viruela".

Porque los que están afuera tienen ese criterio de que aquel que se ha convertido de verdad se está privando de las diversiones, y no se dan cuenta de que todas las cosas lo aburren brutalmente. Chesterton dice que cuando uno se convierte, a los demás les parece que uno está mirando el mundo de abajo para arriba. Eso es lo que pasa al verdadero convertido. Nunca se aflijan por un verdadero convertido, porque les puede dar a ustedes un poco de paraíso. La conversión consiste en eso, que descubre todos los remedos, todo lo falso que hay en todo lo otro; cómo todo es una parodia, un ensayo del paraíso, frustrado. Hay que ver cómo entretiene un Padrenuestro bien rezado, se pasan las horas sin que se lo note. Es que es maravilloso convertirse de verdad. Se tiene la agilidad del juglar de *Notre Dame.* El impulso del espíritu lo lleva y lo trae por todas partes. Se ha

abierto y ha aparecido la crisálida transformada. ¡Miren qué paradoja! Como dijo el Señor: *"Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos"*. Ya ven qué triste es el lenguaje humano que tiene que nombrar las cosas por el aspecto negativo. Porque la pobreza significa la más grande de las riquezas. Cuando yo soy pobre aprecio todo lo que tengo. Cuando he puesto mis esperanzas en las cosas de la tierra soy un miserable y un pobre porque siempre voy a estar con zozobras. Si tengo quince mil pesos: "¡ay, caramba, que me los pueden quitar!" Si soy pobre, ¡cómo gozo con un peso! Se ven las cosas claritas, como dádivas. Una flor, ¡qué cosa maravillosa!. Se ve al par de zapatos en lo que vale, cuando se es verdaderamente pobre.

Ya ven la paradoja: cuando se es pobre se goza de los bienes. Cuando se es pobre de corazón. No importa para nada tener dinero o no. Dios se refiere a una actitud interior, a ese desapego que se llama virginidad. Lo único eterno que hay en el orden sensible, el único eterno soy yo: mi alma. Entonces, necesariamente, va a notar todo lo que muere. Esa criatura se va a dar cuenta cuando su tapado de piel se ha apolillado. Un animal no se da cuenta. El hombre ve la limitación de las cosas porque es lo único eterno en la creación. Entonces le conviene dejar las cosas tal como son: que las cosas efímeras sean efímeras. Hoy miramos el milagro de una flor, y hoy vemos el bien que es un tapado de piel, pero no estamos prendidos a esa flor y a ese tapado de piel. Admiremos la belleza de estas cosas y después las dejemos que vayan hacia la muerte.

Los seres queridos, resulta que no pueden morir, los pobres. ¡Pobres, tienen un compromiso bárbaro con nosotros! Tienen que vencer a la muerte. Y repito los cuentos... El caso aquel de Salamanca, cuando se moría este muchacho Iturbe, ese vasco magnífico que se pescó una tuberculosis galopante y que duró seis meses. ¡Cómo llevaba aquella enfermedad! Era algo magnífico. Llegó el momento de la muerte, el maestro de Novicios lo tenía en brazos, ayudándole a morir, diciéndole palabras de amor a Jesús y a la Virgen, etc. La comunidad ya había cantado la Salve y estaban todos de rodillas, rezando. Este muchacho era un verdadero ángel. Pues bien, llegó el padre y todo se trastornó. El padre era un saco de huesos, y esa angustia se la comunicó al hijo. Hubo que pedirle que por favor se retirara. Y otro caso, en Córdoba, otro caso de tuberculosis galopante. Un muchacho de diecinueve años. Se le habló acerca del poder del dolor, se lo introdujo en el misterio de la fecundidad del sufrimiento, lo aceptó plenamente y se transformó por completo. Comprendió la fecundidad del sufrimiento y estaba sacando mucho provecho de ese estado y de su casi agonía ya. Y él era el que levantaba a la madre, el que consolaba a la madre, el que sonreía a la madre. Miren ustedes eso. Miren si hay que superar todos los términos de muerte. Miren qué magnífico es ser pobre. Estar desapegado de todas las cosas. Porque este muchacho se veía que había superado todo eso. Una criatura que todavía lograba sonreír en medio de su agonía, ¿puede haber mayor testimonio de que hay algo eterno en el hombre? ¿Puede haber mayor riqueza que estar desprendido de todas las cosas?

La otra virtud a la que le tenemos tanto miedo: el silencio. Amáis a María y no lo dudo, entonces tratad de imitarla un poco. El silencio es para toda criatura humana. Mirad a la Virgen. San José no sabía qué pasaba en Ella. Él no dudaba de la Virgen, sino que no sabía lo que sucedía. Y María no abrió la boca. ¿Por qué? Sencillamente porque la Virgen, como estaba en la sabiduría, sabía que no hablar es la mejor defensa, que es así como se aclaran las cosas, que se habla mucho más así. Que hay mucha mayor elocuencia en el silencio que en el palabrerío. Ya veis cómo se explicaron las cosas. Si Ella hablaba, disminuía todo. Ella sabía que había que dejar hablar a Dios. Y Dios habló. Haced un ensayo; todas vosotras tenéis celo de Dios. Pues bien, cuando viene uno de esos pobres desdichados que están en el error y que empiezan que la Iglesia esto y que los curas aquello, quedaos en paz y en silencio y vais a ver cómo la luz llega más pronto a esa criatura que si le dais mil argumentos. El sólo estar así, en paz, es presentarle otra cosa a esa criatura. Es mostrarle que hay una realidad en la cual ella no está. Si me quedo tranquilo y en paz, convenzo de que estoy en una cosa inconmovible. Que esa criatura tiene treinta, cuarenta años y que la Iglesia peina las barbas de Adam. Si yo estoy convencido de que la Iglesia es algo inconmovible, ¿qué me puede preocupar? Esta pobre mujer que ha publicado ese folleto contra la Iglesia, es lo mismo que si una pulga quisiera mover una montaña a cabezazos, ni más ni menos. Miren la pobrecita, metiéndose con la Iglesia católica, que los tiene a san Agustín, a santo Tomás, a san Juan

Crisóstomo, a san Buenaventura... ¡y ella se mete con esos nenes! ¡Y qué nos vamos a mover nosotros! La Virgen Santísima, ¿se movió? ¿No es mucho mejor hacer méritos como los hizo la Virgen? Hagamos un mérito y todo se levanta. La luz va a llegar a esa pobre criatura desdichada. Ocupémonos de trabajar en la presencia del Padre, hablemos con la elocuencia definitiva de los méritos, sirvamos llenos de amor al día, a la hora que Dios nos está entregando, llenémosla de espíritu a esa hora. No hay cosa más elocuente que el silencio.

Pues bien, entonces os pido con toda el alma que tratéis de ver el valor positivo de las virtudes, que es verla a María, porque María es el esplendor de todas las virtudes, así como realidades. Que no veamos el sentido privativo de las virtudes, porque, incluso, no existe. El pecado, el vicio, es privación, da algo pero quita mucho. Por un placer exiguo que da te quita el alma y el cuerpo y el destino: eso es privación. La virtud está nada más que para normalizar las cosas. Es necesario que entremos en ese sentido positivo de la virtud, que nos viene a dar lo que hemos perdido. Toda virtud en vez de ser privación es aptitud. Vamos a ser felices en la medida en que tengamos virtudes y vamos a ser desdichados en la medida en que tengamos vicios. No hace falta que nos echemos las suertes y que nos hagamos leer las líneas de las manos.

IX

Amadas hermanas: terminamos este bendito retiro. Dios quiera que sea toda una puerta, una iniciación para entrar en la realidad de Dios. No quiero decir que no hayáis entrado aún, sino que hay etapas y etapas, y siempre nos tenemos que estar convirtiendo al Señor. Estos tiempos son para eso. Siempre se nos describe a nosotros como en estado de camino. Y un camino se forma así: un paso y otro paso. Pero ya sabéis que todo se lo disminuye cuando se lo entiende de manera carnal. Se llama estado de camino porque tenemos que estar caminando hacia Dios, no hacia la muerte. Y cada mérito es un paso que damos, de tal manera que pueden pasar meses, años, sin que demos un paso, y puede haber incluso la desdicha de que demos pasos atrás, y puede suceder que en un día demos veinte pasos. Ésos son los tiempos de Dios y de esta alma y así están marcados. Es necesario mucho que la miremos a María como a algo que nos está llamando con la más grande dulzura, como una criatura muy poderosa que tiene esa propiedad de ver lo que es verídico en Dios y que está llamando nuestra alma que es verídica en Dios. Que Ella nos conoce mucho mejor que nosotros mismos, que está más próxima a nosotros que lo que nosotros estamos de nosotros mismos. Que Ella nos ansía pero que también es angustia para esta Señora cuando usamos de su poder y no usamos de su virtud.

Y es cosa urgente instaurar a María en la tierra porque, como dije el primer día, Marta se ha abultado demasiado, todo está invadido por los afanes de Marta. La Iglesia, se puede decir que hay como un descalabro en ella. Que lo divino está un poco, y bastante, abandonado, y que la humanidad cristiana, la parte humana de la Iglesia se está volcando mucho en una concepción humana de la vida misma. Que nosotros no sabemos todo el poder y toda la novedad de la Gracia. Es necesario que la Tercera Orden sea así, que aparezca en nosotros una aspiración de profundidad. Nuestra alma está ansiando un poco de descanso. Estamos muy fatigados ya. Nos da la prueba esto que es como si nos hubieran tomado así como los remolinos toman las hojas secas y que nos llevan hacia donde quieren. Es necesario que adquiramos un sosiego, una permanencia en nosotros. Y el síntoma de que nosotros vamos hallando a María, es la paz.

No os he podido hablar de toda la escala de las bienaventuranzas. He mencionado apenas la primera y ahora quiero hablaros de la última. Pensad en la séptima bienaventuranza: *"Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios"*; a ver si entendemos al Señor. Cuando el Señor habla, habla de verdad. No dice las cosas tal como las podemos entender nosotros, que las disminuimos mucho, siempre tenemos una apreciación muy superficial de los términos. ¿Es hijo de Dios aquel que es buenito, que está bautizado, que no hace mal a nadie? No, ni mucho menos. Es hijo de Dios el que tiene paz. Y de aquí saquemos consecuencias prácticas: una paz inconmovible. Pero

esto vamos a desearlo para todos los días y para todo momento. Primero, nosotros debemos desechar como malo todo lo que quita la paz, porque la paz es fundamental para ser. En aquel punto en que pierdo la paz, ya no soy yo, ya están viviendo las cosas en mí. Tenemos muy poco aprecio del alma que se nos ha confiado. Mirad que no es nuestra. Mirad que un día se nos va a pedir cuenta de ese denario precioso. Todo el punto fundamental para que nosotros estemos en nosotros es tener paz.

Ahora, decidme si no es buena esta advertencia: ¿somos muchos los que cuidamos de la paz? Porque la perdemos no ya tan sólo cuando nos la vienen a quitar, sino que la gran desgracia es que la echamos por la borda por un quítame estas pajas. Que nos dejamos agitar por sombras de temores de cosas que no existen o de cosas que existieron. ¡Cómo basta una mirada para que ya estemos turbados! ¡Cómo basta una palabra para que ya hayamos salido de quicio! Y yo os pido mucho que seáis muy sensatas. Mirad que Dios nunca -en cuanto a esto de las palabras que nos quitan la paz- Dios nunca ha asistido al mucho hablar. La verdad está en el silencio, está en María. Nunca ha estado la verdad en esas habladurías de salones. ¿Por qué no hacemos un poco de experiencia y sacamos ciencia de lo que estamos pudiendo comprobar? ¡Cómo se desfiguran las cosas en los que hablan con liviandad y ligereza!, ¡cómo podemos pensar que Dios va a ser tan trivial! ¡Cómo vamos a pensar que Dios es así! Tenemos que pensar esto: que ese hablar nunca está asistido por la verdad, que está desahuciado por la verdad, que

la verdad jamás se ocupó de aposentarse allí. Si la verdad exige muchas condiciones para darse. Entonces, ¿qué es que a mí me quite la paz el que se dijo o se dejó de decir? Todo eso nos debe causar compasión y basta, y se terminó todo. Ahora, ¿se trata de una paz que es un marasmo, que es un sueño, un letargo? No. Se trata de una paz que es toda una presencia de un espíritu constructivo. Se trata de una paz que es la presencia del Espíritu Santo. Lo tenemos que tener al Espíritu Santo. Todos estamos confirmados, yo creo. Si estáis confirmadas lo tenéis que tener. Ya veis que es un sello que no se borra jamás. Por lo tanto lo tenemos que tener; y si no lo tenemos, es una anormalidad en nuestra vida cristiana.

Tenemos que ser moradas del Espíritu Santo. Tenemos que tenerlo con toda naturalidad. Por nuestras fuerzas, claro que no lo podríamos tener, pero un Sacramento nos lo da. Así que es una paz henchida de sentido. Henchida de fortaleza. Una paz vigorosa que construye. Porque no es la paz de Dios esa paz que tenemos mientras nos dejan tranquilos. No basta eso. Sino que esa paz, es paz llena de espíritu combativo que elimina todo motivo que pueda quitar la paz, ya sea interno o externo. Si es el pecado que me ha quitado la paz, lo elimino con toda fuerza. Si es una circunstancia externa, me quedo en paz, como Jesús en medio de la soldadesca. ¿No habéis visto la paz de nuestro Señor, allí, mientras lo estaban hiriendo? Ahora vendemos muy fácil nuestra alma. Basta cualquier cosilla para que estemos agitados. La Virgen no fue así, ¡qué esperanza! Cualquier molestia,

cualquier desagrado, cualquier contradicción, para que ya nos quedemos turbados y ya estemos disputando dentro de nosotros mismos con fantasmas. Seguimos viviendo aquella circunstancia, prolongándola. Si nos ha sido desagradable ¿por qué la continuamos? La hacemos vivir dentro de nosotros, entonces la queremos. "Es muy bueno esto, lo queremos seguir viviendo..." ¡Mirad si las pasiones no son absurdas! En cualquier otro orden que aparece un síntoma equívoco, un síntoma que puede ser tanto esto como aquello, una enfermedad por ejemplo, para qué me pongo a hacerme el médico y aplicarme todas las enfermedades habidas y por haber. Espera, si tienes una enfermedad y no veinte, ¿para qué estás viviendo las veinte? Espera, que la realidad siempre viene con su bagaje de consuelos y de fortaleza. Las cosas son espantosas en la imaginación. Cuando llega la cosa en la realidad, llega trayendo al que trae en sus entrañas, que es Dios, que es Jesús.

Ahora, sería interminable este análisis. ¿Por qué yo permito que mediante mi pasión entre dentro de mí precisamente la miseria que me desagrada en mi hermano? ¿Por qué la sigo viviendo si me desagrada? Que mi hermano es hirsuto, peor para él. Él tiene que aguantar aquella aspereza veinticuatro horas al día, en cambio yo tengo que aguantarla una hora, o menos, después se fue. Esto no es virginidad, esto es estarse ensuciando con las cosas externas. *"Bienaventurados los pacíficos porque ellos serán llamados hijos de Dios"*. El pacífico tiene un paraíso tal dentro, que si viene alguien expresamente a herirlo, siente compasión

por aquel, porque ve que está metido en un infierno. Pero si él tiene un paraíso dentro, ¿por qué lo va a perder? Yo me hago esclavo de las cosas mediante esa falta de paz. Es algo que deberíamos cuidar mucho. La paz no la tendríamos que entregar por nada de este mundo. Porque es la única manera de estar centrado en una posesión de mí mismo y de estar en posesión de Dios.

"Y la abundancia estará en tus torres".

Ya veis cómo todos los términos se complementan y están nombrando una sola cosa. La Virgen jamás tuvo una turbación externa. No tuvo turbación ni en el Calvario. ¡Mirad si tenía motivo, mirad si lo tenía! *"He aquí que está en paz mi amargura amarguísima".* Sufrimos mucho, pero en paz, porque se sufre en la esperanza. Es muy bello Dios, os lo recomiendo mucho. ¡Qué magnífico! Y entonces el que está en este estado de que conserva su paz en medio de las vicisitudes, en medio de las contradicciones, es un verdadero hijo de Dios, en él está brillando la eternidad de Dios; ya nada lo saca de quicio, no está dependiendo de las cosas, no está afectado por las cosas. Las posee como son allá, en la esperanza, mediante el Señor y en Dios. Se cumple en él aquella alegoría que hizo Jesús, usando de su poder, cuando caminó sobre las aguas del mar. ¿Y cuánto duró Pedro sobre las aguas? En aquella medida en que tuvo fe. Exactamente igual, nosotros. La fe es estar establecidos en la eternidad. Nosotros somos virginales, somos siempre nuevos, la vejez de las cosas no queda tatuada en nosotros, cuando tenemos paz.

¡Qué maravilla cuando la visita de las Hermanas del Sagrado Corazón de Betania! Esa Madre había estado en un campo de concentración, presa, y esa Madre parecía recién salida del huevo. Nueva, fresca, nada del campo de concentración había quedado en ella. Reía con una risa que estaba toda el alma en esa risa. Y nos decía: "Yo ya no tengo fe". Y nosotros pensábamos: ¡con qué se nos irá a salir esta francesa!... "No tengo fe, porque he visto tanto a Dios que ya no necesito de la fe". Y nos contó milagros reales, multiplicación de la comida, y qué se yo. ¡Qué maravilla! Brillaba esa Madre, no se sabía la edad que tenía. Podría tener veinte años, cuarenta años... era intemporal. Se notaba que había una sugerencia de eternidad en ella. Estaba en paz, estaba en la paz de Dios, en la paz operante de Dios, en la paz de aquella otra Hermanita de los pobres de Cristo que cuando aquel bucanero le escupió el rostro cuando le pidió una limosna para sus pobres, ella le sonrió y le dijo: "esto para mí, ¿y para mis pobres?..." Y se lo dijo así, con tanta gracia, que el otro se convirtió, ¡miren ustedes si no hay cosa más magnífica que el Espíritu de Dios! ¿Y santa Genoveva, que detiene a un Atila a las puertas de París? París tuvo la dicha de que estuviera santa Genoveva en ese tiempo entre sus murallas. Y la pobrecita joven se fue sola, y qué le habrá dicho a Atila que Atila se dio media vuelta y se mandó mudar. ¡Miren ustedes si es poderosa esa paz de que hablo! Y lo mismo pasó en Roma. Roma también tenía la suerte de tener por Papa, en aquel tiempo, a san León Magno y estaba Atila sitiando Roma y salió san León Magno montado en un burrito a visitarlo a Atila. ¡Imagínense lo que

habrán dicho los prudentes de la época!, pero el hecho fue que Atila se dio también media vuelta.

Miren ustedes, para que comprendamos esto: que esa luz, esa dulzura inconmovible es lo que está ansiando tu alma y el alma hasta del último criminal. Que la ira engendra ira y que la paz ablanda las peñas. Que hay un litigio entre esposa y esposo; si la esposa se queda noble e inalterable, cómo va a caer ese otro Atila, ¿no es cierto? La felicidad se despierta en el alma cuando somos santos, ya no se la busca más y por eso se tiene paz: porque no se la busca más. El paraíso está dentro. El gran error de los seres humanos es estar esperando una circunstancia que les dé paz; no saben qué les espera, asoman sus narices en todas las cosas para ver dónde está el paraíso, y no se dan cuenta de que el paraíso está dentro de ellos. Y de que no hay otro paraíso. Que si llevamos el paraíso así, que nos metan en el infierno poco importa, porque si lo tenemos en esta forma, quizás les demos hasta solaz a los demonios, pobrecitos. Entonces, tenemos que ir desarrollando aptitudes para ese paraíso, por ese desarrollo de las virtudes, por ese silencio, por esa virginidad de que las cosas de afuera queden afuera. Si estamos lamentando un mal, ¿por qué no lo dejamos localizado en él? Pero si le voy a hacer un gran bien si me quedo en paz. Y se da mucho más con ese estar así, con esa paz poderosa, que con todas las disputas y con todas las actividades y con todas las búsquedas.

Conozcamos a María. María no perdió su paz ni en el Calvario, no sólo no la perdió sino que era poderosamente hacedora. Nada aplastó su espíritu. Estuvo amando a todos aquellos que blasfemaban. Pues bien, amaba a los fariseos y los compadecía en sus miserias porque sentía espanto de que estuvieran matando a la Vida. Y entonces, ¿qué merecen sino nada más que compasión? Y su compasión era tal que tomaba todas esas blasfemias y las transformaba en expiación. Miren si era poderosa esa paz, y esa paz es la paz que debemos tener. Ahora tenemos que dar un punto de quietud a este mundo que está descalabrado, que nos encuentren bien configurados en la luz, tal como era María, en la imitación de esta Virgen que es tan suave y tan imitable, porque es tan lógica. No la convirtamos en esa Señora inaccesible. No. Acuérdense de que cuando estuvo en la tierra fue la criatura más natural del mundo. En Ella vamos a encontrar nuestra verdad. Os pido mucho que cumpláis esta bienaventuranza por ese amor ardiente a las virtudes, sabiendo que es la manera como vais a crecer hasta que se desborde el espíritu, así, en uno de los frutos más egregios del Espíritu de Dios que es la paz.

Pues bien, amadas hermanas, os agradezco tanto toda esta buena voluntad que habéis tenido para con vuestras almas; y Dios quiera que quede la semilla en medio de este mundo que quiere envolvernos. No nos dejemos envolver por él. Aquel mundo horrible, aquella Babilonia, ha tomado un incremento inmenso, tal como el Señor lo dijo: *"Mirad que yo no oro por el mundo"*. El mundo ya no nos pertenece, el mundo ya es de Satanás, nuevamente, y por reincidencia, por lo tanto el demonio de los

paganos ha venido con siete demonios peores que él. Seamos un mundo completo en nosotros. Que tengamos los medios de diversión y de cultura que debe tener la sociedad de Cristo dentro de nosotros. Que tengamos esa amistad de hermanos entre nosotros. Que comprendamos que tenemos que deslindar el mundo de la tierra de Satanás, del mundo de Dios. Es indispensable. Ese otro mundo ya no nos pertenece, no nos hagamos ilusiones. Apretemos nuestras filas despertando esa caridad inmensa en que el hermano pueda recostarse en todos los otros hermanos. Que brille la caridad. Para ser cristianos auténticos imitemos con verdadero amor a la Virgen. Os propongo que tengáis por compañera de todo el día a la Sma. Virgen. Que digáis siempre: ¿cómo haría esto María?, y veréis cómo se aclara todo enseguida.

Tucumán, 29 al 31 de julio de 1954

+ + +

Este libro se terminó de imprimir
en noviembre de 2011,
en los Talleres de Artes Gráficas Crivelli - Salta
www.agcrivelli.com.ar